HERIR EN LA SOMBRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

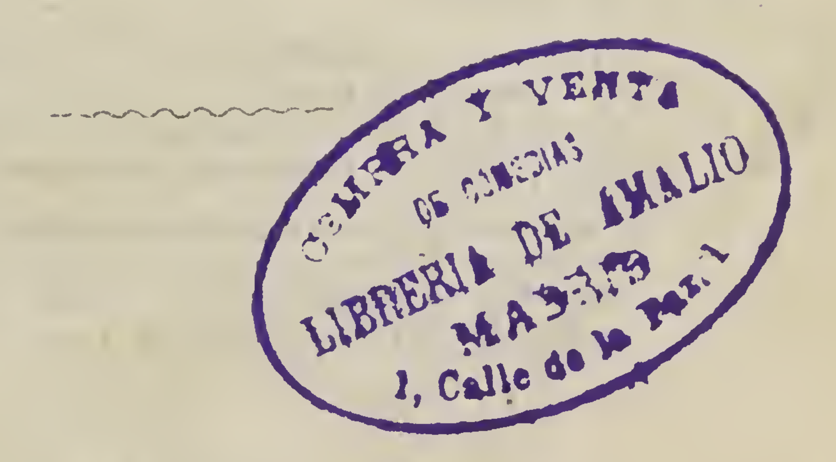
ORIGINAL DE

DON ANTONIO HURTADO

Y

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Estrenado en el teatro del Circo la noche del 15 de Marzo de 1866.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA JUANA COELLO...	DOÑA MATILDE DIEZ.
PRINCESA DE ÉBOLI....	DOÑA ADELAIDA ALVAREZ.
GREGORIA..............	DOÑA EMILIA SANZ.
ANTONIO PEREZ........	DON MANUEL CATALINA.
DON RODRIGO VAZQUEZ.	DON FRANCISCO OLTRA.
DIEGO VAZQUEZ........	DON MANUEL PASTRANA.

La escena es en Madrid en el reinado de Felipe II.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de Antonio Perez en forma ochavada: puerta al fondo que comunica por un lado con las habitaciones interiores; por otro con la entrada á la calle: á la derecha del actor, en primer término, una papelera de la época; en segundo, una puerta secreta; enfrente, al lado opuesto, en primer término, un balcon: en segundo, puerta secreta que conduce á la calle. Movilario fastuoso de la época y del gusto italiano. Estátuas, jarrones, mesas adornadas de relojes, y grandes candelabros con luces.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO PEREZ, de pie detrás del sillon en que escribe DIEGO VAZQUEZ, á quien parece estar dictando.

ANTONIO. «Por tales razones juzgo
»que en este grave suceso,
»es preciso poner mano
»con gran prudencia y acierto.
»El papa ayuda; el de Orange
»le presta su valimiento;
»don Juan allá se impacienta

»y aqui se irrita Escobedo.
»Lo mejor en este caso
»es negarse al casamiento,
»llamar á España á don Juan
»y anular al consejero.»

DIEGO. Perdonad si en este asunto
(Dejando de escribir.)
á dar mi opinion me atrevo.

ANTONIO. Hablad.

DIEGO. La nota del rey (Mostrándosela.)
viene terminante, y creo
que en este negocio pide
resolucion, no consejos.
Dice el rey:—«Lo de mi hermano
despachad.»—Claro contesto
que exige que á realidades
se levanten sus deseos.

ANTONIO. ¿Presumis que el rey aprueba
de Roma el raro proyecto?

DIEGO. Claro está: dueño don Juan
de Isabel, dueño del cetro
de Inglaterra, ¿quién puede
sujetar de España el vuelo?
Dar á don Juan ese trono
es dar y quitar á un tiempo
á la fé seguridades
y á los reformistas medios.
De Lutero la doctrina
amenaza ser incendio;
solo quien venció en Lepanto
puede triunfar de Lutero.
Con tal enlace se logran
ventajas de inmenso precio;
pues si yo no me equivoco,
presumo que alcanza en esto
un nuevo reino el monarca,
España mas valimiento,
mayor dominio la Iglesia,
paz el mundo, y gloria el cielo.

ANTONIO. Eso es mirar el asunto
por su lado mas risueño:
no es extraño, sois muy jóven

y á mas generoso y bueno.
Fuerza es tener mas aplomo
y mas intencion, don Diego,
que los negocios de Estado
se han de tratar con mas peso.
Don Juan quiere esa corona,
el papa ayuda su intento,
¿quién sabe si ambos anhelan
romper con nuestros respetos?
Escobedo pide el Mogro,
ese castillo soberbio
que en Santander atalaya
es la llave de estos reinos.
¿No fuera necia locura
ceder á su vivo anhelo,
siendo el Mogro otra Tarifa
sin ser él Guzman el Bueno?
¡Rey don Juan de Inglaterra!
¡Del Mogro Escobedo dueño!
¿Quién sabe lo que se oculta
detrás de tal pensamiento?

DIEGO. Perdonad si al advertiros
he sido arrogante y necio,
que fué atreverse al gigante
la pequeñez del pigmeo.

ANTONIO. Ved lo que falta al despacho.

DIEGO. ¡Faltan los dos nombramientos
de alféreces!

ANTONIO. ¡Por mi vida
que tiene el rey bravo empeño!...
¡Antonio Enriquez!... ¡Juan Rubio!...
¡Un pinche y un camarero!
¿Á qué servicios se deben
tamaños encumbramientos?
Poned al márgen .. «negado.»

DIEGO. Ved que es del rey el decreto.

ANTONIO. No importa, haced lo que os digo,
que esto ha de ser.

DIEGO. (Escribiendo.) Ya está puesto.

ANTONIO. Extender esos despachos
fuera deshonrar los tercios.

DIEGO. Todo está.

(Guarda los papeles en una cartera de terciopelo.)

ANTONIO. Dadme, que es hora (Tomándola.)
de estar en palacio.

DIEGO. ¿Espero?

ANTONIO. ¡Como gusteis!... ¿Mas quién llega?

DIEGO. (¡El sol que me tiene ciego!)
(Viendo salir á Gregoria.)

ESCENA II.

DICHOS, GREGORIA.

GREG. ¿Salis, padre?

ANTONIO. El rey espera.

GREG. Mi madre os pide un momento
para hablar con vos á solas.

ANTONIO. Ya ves que llega á mal tiempo
su embajada; el rey aguarda,
y hacerle esperar no debo.

GREG. Dice que es urgente hablaros
antes que salgais...

ANTONIO. Sospecho
que hoy dure poco el despacho;
dila que muy pronto vuelvo,
y que entonces podrá hablarme
cuanto quiera... ¿mas qué es esto?

ESCENA III.

DICHOS. Un Criado presentando una carta sobre una bandeja de plata.

ANTONIO. ¡Billete de la Princesa!... (Tomándola.)
¡Á estas horas!... abro y leo:
«Venid al momento á verme
»que mucho que hablaros tengo:
»ved que á mí me va la honra,
»y á vos la vida en saberlo.
»Si no venis, encubierta
»iré yo esta noche á veros:
»mandadme al punto la llave
»del postiguillo secreto.»

(Se queda pensativo un momento.)
¡Llamarme con tal urgencia!
Sin duda el negocio es serio,
cuando á venir se resuelve
si no acudo al llamamiento.)
Don Diego Vazquez, quedaos!...
Partid vos... (Al criado, que se vá.)

DIEGO. (Inclinándose.) ¡Todo soy vuestro!

ESCENA IV.

DICHOS, menos el CRIADO.

ANTONIO. (Se sienta y escribe.)
«Voy ahora mismo á palacio,
»mandar la llave no puedo,
»que tengo aqui quien me observa
»y fuera infundir recelos.
»Venid dentro de una hora,
»y llamad, que por muy quedo
»que llameis, si estoy de vuelta,
»que habrá quien oiga os prometo.»
(La cierra, la sella y se levanta.)
Vazquez, llevad esa carta
á la Princesa, y os ruego
que solo en su mano propia
la entregueis: mirad que en ello
al par que de confianza
os doy pruebas de mi afecto.

DIEGO. Harto me honrais.

GREG. (Á su padre.) ¿Volveis pronto?

ANTONIO. Tal presumo. ¿Qué es aquesto?
(Saliendo.)
con misterios la Princesa,
y mi esposa con misterios?...
¡Rara concidencia es esta!
¿Qué ocurrirá? .. Ya veremos. (Sale.)

ESCENA V.

GREGORIA, DIEGO VAZQUEZ.

DIEGO. ¡Gracias á Dios!
GREG. Perdonad,
(En ademan de salir.)
mi madre espera.
DIEGO. Un momento,
(Deteniéndola.)
que tan duro alejamiento
pecando está en impiedad.
Tres dias há que mis ojos
no gozan de tanto bien:
si esto no arguye desden
revela al menos enojos.
¿Qué teneis?...
GREG. Tengo temor
á mi madre, pues sospecho
que ha sorprendido en mi pecho
el secreto de este amor.
Grave, silenciosa, fria,
sin exhalar una queja,
de noche apenas me deja,
me deja apenas de dia.
Si aqui vengo, viene aqui,
y tanto y tanto recela,
que en todas partes me cela
sin apartarse de mí.
Cuando callada la miro
ella callando me mira,
y tristemente suspira,
si tristemente suspiro.
Yo no sé ya qué valor
dar á estas muestras que veo,
que en su frente á un tiempo leo
la esperanza y el dolor.
Tal vez en mi amor se goza,
quizás tambien lo condena:
pero callad... ahora suena
el rumor de la carroza

de mi padre... (Vá á salir.)
DIEGO. ¡Oid!...
GREG. Despues
os veré...
DIEGO. ¡Miedo cobarde!...
Decidme al menos...
GREG. (Retrocediendo.) Ya es tarde.
DIEGO. ¿Cómo?...
GREG. ¡Silencio! ¡Ella es!...

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA JUANA.

JUANA. (Despues de mirar en silencio á uno y otro, que aparecen embarazados ante su actitud recelosa, se dirige á su hija.) ¿Partió tu padre?
GREG. Partió.
JUANA. ¿Y sabiendo mi cuidado (Con dureza.)
cómo asi te has olvidado
que dentro esperaba yo?
GREG. Madre, ved que hablando asi (Afligida.)
me ofendeis.
DIEGO. Señora!... infiero... (Ofendido.)
que esa queja...
JUANA. (Con frialdad.) ¡Caballero!...
¿quién habla con vos aqui?
DIEGO. Desden ó desconfianza
muestra esa faz que me hiela,
y bien claro me revela,
que á mí la queja me alcanza.
JUANA. Á nadie de mis acciones
cuentas que dar tengo aqui,
que cedo al obrar asi
á poderosas razones.
DIEGO. ¡Harto ese enojo me expresa!
Permitidme retirar... (Ofendido.)
JUANA. Quedaos.
(Suavizando la voz al ver á su hija llorar.)
DIEGO. Tengo que dar
(Saludando con frialdad.)
un mensaje á la Princesa.

JUANA. ¿Vais á la Princesa á ver? (Alterada.)
DIEGO. Debo llenar un encargo.
JUANA. ¿Carta? (Dejando adivinar sus celos.)
DIEGO. Sí.
JUANA. ¡Teneis buen cargo!
(Conteniéndose.)
Id, no os quiero detener.
DIEGO. ¡Vuestro soy!
JUANA. (¡La ira me abrasa!...)
DIEGO. (¿Qué es lo que sucede aquí?...)
(Saliendo.)
GREG. ¡Se marcha!... ¡Triste de mí!...
JUANA. ¡Buena está, por Dios, mi casa!

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, GREGORIA.

JUANA. ¿Por qué lloras?... ese llanto
me irrita al par que me ofende,
que con él me estás probando
que mis sospechas no mienten.
¿Amas á don Diego?
GREG. ¡Ay, madre!...
¿Por qué negarlo? Ha tres meses
que amor me juran sus labios
y amor mi pecho le vuelve.
JUANA. Sin consultarme ese afecto...
GREG. ¿Juzgais que no lo merece?...
¿no es hidalgo y bien nacido?
¿no es honrado? ¿En él no tiene
mi padre puestos los ojos,
pues asi le alaba siempre?
JUANA. ¡Tu padre!... tu padre es ciego;
ciego está cuando no advierte
que abriga en su propia casa
quien quizá venderlo quiere.
GREG. ¡Madre!...
JUANA. Yo sé lo que digo,
que á voces me lo previene
no sé qué genio sombrio
que en mi pecho se revuelve.

Rodrigo Vazquez, su padre,
por nuestro amigo se vende,
y oculta tras de su afecto
la intencion de la serpiente.
De su ambicion instrumento
aqui á don Diego mantiene,
y en él tu padre se fia,
sin ver lo que en ello pierde.

GREG. ¡Madre, injuriais á don Diego!...

JUANA. ¿Tal presumes?... ¡inocente!
¿Por qué, si te quiere tanto,
tu mano á pedir no viene?
¿Es mas ilustre su alcurnia
que la nuestra? ¿Qué pretende
quien entra asi en nuestra casa
y á escondidas te requiere?
Mientras con vanas lisonjas
quizá á tu padre adormece,
y á tí señuelos te pone
y lazos de amor te tiende,
cuantos secretos de Estado
servir á tu padre pueden,
otros tantos le revela
con aspiracion aleve.

GREG. Quien asi juzga á don Diego,
le ofende, madre, le ofende,
que la lealtad de su pecho
bien se retrata en su frente.

JUANA. ¿Qué entiendes tú de lealtades?
¿Qué de lealtades entiendes?
Hija, los hombres de Estado
esa virtud no comprenden,
te lo digo yo, la esposa,
la esposa de Antonio Perez.
Subir, lograr la privanza,
la privanza de los reyes,
dominar á toda costa
y en el poder mantenerse;
ese es el único afecto
que los impulsa y los mueve.
¿Hay obstáculos? ¡se rompen!
¿Hay enemigos? ¡se vencen!

¿Hay deberes que se opongan?
se matan esos deberes.
Amistad, amor, familia,
si al poder llevan, se atienden;
si no aprovechan, se anulan
y en pavesas se convierten.
Que á veces,—fuerza es decirlo,
por mas que te espante,—á veces,
si un crímen se necesita
hasta el crímen se comete.

GREG. ¡Ay, madre!... me estais matando;
dejad al menos que piense
que el corazon de don Diego
tales ruindades no siente.

JUANA. Hija, pues duda tu madre,
dudar con su duda debes;
mas silencio, alguien se acerca.

GREG. (Ap.) ¡Dios mio!... ¿qué me sucede?
¿será cierto que me engañe
quien tanta dicha me ofrece?

ESCENA VIII.

DICHAS, RODRIGO VAZQUEZ.

RODRIGO. ¡Oh!... ¡vos aqui!...

JUANA. (Con disgusto.) ¡Don Rodrigo!

RODRIGO. ¡Guárdeos Dios!

JUANA. (Con severidad.) ¡El cielo os guarde!...

RODRIGO. ¡Pródiga en dichas la tarde
se está mostrando conmigo!

JUANA. (Atajándole.)
¡Oh!... ¡lisonjas suprimid!

RODRIGO. Si os ofendeis, en buen hora.—
Mas ¿dónde vivis, señora,
que no se os ve por Madrid?
Ausente os llora el paseo
que ya no admira ese porte;
tampoco vais á la córte
ni acudis al coliseo.
Y clausura tan sin tasa
pienso que peca en rigor.

JUANA. La mujer que tiene honor
solo está bien en su casa.

RODRIGO. Yo apruebo el sentir profundo
que á obrar de tal modo os mueve;
mas quien es cual vos, se debe
algo al aplauso del mundo.
Pues es condicion tan dura
la suya, y tal se previene,
que cuando aplausos no tiene
forja cuentos y murmura!

JUANA. De quien huye su rüido,
¿qué podrá decir? ¡por Dios! (1)

RODRIGO. Si no murmura de vos,
lo hará de vuestro marido.
Es grande, tiene poder,
todo la envidia lo empaña;
y como nunca acompaña
en público á su mujer,
con torpe intencion aviesa,
tal vez no falte quien diga
que á tal conducta le obliga
el amor de una princesa!

JUANA. ¡De una... princesa!
(Como herida de celos y ira.)

RODRIGO. Si tal;
que cuando el vulgo disfama,
siempre se fija en la dama
que es mas bella y principal.
Y aunque patente y notoria
del vulgo esté la injusticia,
siembra infamias la malicia
que al fin recoge la historia.

JUANA. Vete. (Á su hija.)

RODRIGO. ¿Su bella presencia
me robais? ¡Eso es aleve!...

JUANA. Vete. (La dá un beso, y al verla salir dice ap.)
Hay cosas que no debe
aun sospechar la inocencia.

(1) Murmuran de tu [illegible]

ESCENA IX.

DOÑA JUANA, D. RODRIGO.

JUANA. Hablad mas claro: decid
cuanto sepais.
RODRIGO. Eso quiero,
(Con fingido interés.)
que está siendo el mentidero
escándalo de Madrid.
Pues sitio tan principal
asiento presta en sus gradas,
á gentes desocupadas
que hablan mucho y hablan mal.
JUANA. ¿Qué dicen? (Con ansiedad.)
RODRIGO. ¡Famoso enredo
han fraguado, ¡vive Dios!...
que andais en él, Perez, vos,
la de Éboli y Escobedo.
Dicen los murmuradores
que allí Escobedo irritado,
á no sé quien ha contado
la historia de unos amores,
que dándola por de ley
un labio tras otro labio,
va pregonando el agravio
que se os hace á vos y al rey.
JUANA. ¡Oh!... (Conteniendo su indignacion.)
RODRIGO. Y aun falta lo peor;
pues el vulgo maldiciente
hoy ha extendido inclemente
tan pavoroso rumor,
que da de escucharlo miedo;
pues se refiere y se cuenta
que hay quien esta noche intenta
quitar la vida á Escobedo...
JUANA. ¡Y achacan á Antonio Perez
tal crímen!... (Con ira.)
RODRIGO. Eso imagino:
y añaden que el asesino
á Flandes irá de alferez.

JUANA. ¡Inícua trama, por Dios!...
¿Quieren perderlo?

RODRIGO. Sin duda;
mas no podrán si en su ayuda
salimos aquí los dos.

JUANA. ¿Qué quereis hacer?

RODRIGO. Oid,
que, por mas que lo sintais,
es forzoso que sepais
cuanto se dice en Madrid.

JUANA. Hablad.

RODRIGO. Hará una semana
que con desdichada suerte,
sufrió en la plaza la muerte
una esclava peruana.
De vil envenenadora
la acusó del vulgo el grito,
mas hoy dicen que el delito
fué de otra mano traidora.
Que ignoro el caso confieso;
mas se funda la malicia,
en que anduvo la justicia
muy ligera en el proceso.
La pobre esclava paciente
murió cual cristiana y buena,
que fué al suplicio serena,
gritando:—«muero inocente.»—

JUUNA. (Con gran ansiedad.)
¿Y qué? Adivinar no puedo
lo que eso tenga que ver...

RODRIGO. Escuchad: esa mujer
era esclava de Escobedo.
Á su cocina atendia
cuando el crímen se intentó,
y Antonio Perez comió
con Escobedo aquel dia.

JUANA. Y argumento de tal ley
puede... (Indignada.)

RODRIGO. Permitid que acabe:
Ya claramente se sabe
que un pinche, indigno del Rey,
fué por vuestro esposo Perez

y fue mandado por Perez

á Escobedo encomendado;
y hoy se cuenta que nombrado
va á ser ese pinche alferez.
Y al verle encumbrar asi,
dice el popular jüicio:
—¿qué misterioso servicio
se quiere premiar aqui?—
El pinche asistió á la mesa
aquel dia, y prueba el dolo
el que en Escobedo solo
hiciera el tósigo presa.
¿Es mucho que asi condenen
á Perez tales razones?
Ved que aquestas conclusiones
casi respuesta no tienen.

JUANA. ¡Oh!... Delirais!... (Cada vez con mas ira.)

RODRIGO. Perdonad;
es el vulgo quien delira,
porque á veces la mentira
tiene visos de verdad.
En lazos de mala ley
se juzga á Perez sujeto:
sabe Escobedo el secreto,
por él llegar puede al rey,
y en esta ansiedad cruel
cuya pesadumbre abruma,
no es mucho que se presuma
que acabar quieren con él.

JUANA. (Desesperada.) Esto es infame, ¡gran Dios!

RODRIGO. Pretexto al vulgo da Perez,
que ayer se habló de un alferez
y hoy se cuenta que son dos.
Y al saberlo, en son fatal
dice el vulgo de ira lleno:
«Lo que no logró el veneno
»podrá lograrlo el puñal.»

JUANA. Yo ahogaré esos pensamientos
del vulgo... (Con energia.)

RODRIGO. No hallareis modo,
si no impedis ante todo
tan indignos nombramientos.

JUANA. ¡Lo haré! (Con exaltada resolucion.)

RODRIGO. ¡Imposible será!...
JUANA. ¿Por qué? (Ofendida.)
RODRIGO. Decirlo me pesa:
entre vos y la Princesa
resuelta la lucha está.
Vos perdereis...
JUANA. ¡Podrá ser!...
(Con ira contenida.)
mas no hablemos mas en ello;
que soy doña Juana Coello
y soy de Perez mujer.

ESCENA X.

RODRIGO con satisfaccion.

La herida lleva en el alma,
que harto claro lo revelan
la dureza de su gesto
y de su voz la dureza.—
La semilla de los celos
es semilla que aprovecha,
que ofrece fruta abundante
á quien usar sabe de ella.—
¡Gran cosecha de disgustos
promete la que aqui queda,
y mas si los nombramientos
á efecto al fin no se llevan!
En ello verá el monarca
un acto de resistencia
que probará del privado
la arrogancia y la soberbia.
(Pausa.)
Juan Rubio y Antonio Enriquez
sus nombramientos esperan;
(Pensativo.)
pues que llegué á persuadirlos
que en Escobedo se estrellan
sus esperanzas, presumo
que han muerto con una piedra
la pretension de Escobedo,

y de Perez la influencia.—
¡Escobedo!... ¡Dios le ayude!...
¿quién le ha metido en la empresa
de querer para don Juan
la corona de Inglaterra?
¡Y es ademas muy osado!..,
¡Y luego tiene una lengua!..
(Con marcada intencion.)
Si le matan esta noche
como la plebe recela,
todos verán en su muerte
la mano de la Princesa...
¿Quién cuenta en el mentidero
historias que al honor llegan?
(Con hipócrita sentimiento.)
¡Lo malo será que el rey,
que sabe lo que se cuenta,
podrá ver en esa muerte
de sus traiciones la prueba!
(Con fruicion.)
Y entonces... ¡pobre de Perez!...
¡Pobres de los dos!... que es fuerza
que en ambos el rey se vengue
en proporcion de su afrenta.
(Como saboreando su triunfo.)
¡Oh!... ¡Y entonces Diego Vazquez
será justo que suceda
á su maestro!...—¡Él de Estado!
¡Yo presidente de Hacienda!...
¡dueños del rey!... ¡de la Europa!...
casi de toda la tierra.
¡Qué necio hiciera en mi caso,
caso estrecho de conciencia!...
La conciencia no hace falta,
lo qué hace falta es cabeza...

ESCENA XI.

D. RODRIGO, DIEGO.

RODRIGO. ¡Hola!... ¿eres tú? (Viendo á su hijo.)

DIEGO. ¡Padre mio!...
RODRIGO. Por Dios, que el verte me alegra.
DIEGO. ¿Vos aquí?
RODRIGO. ¡Si!... ¿mas qué tienes?
Pálido estás, ¿qué te altera?
DIEGO. De cumplir vengo un mensaje
de casa de la Princesa.
RODRIGO. (¡Hola!...) (Ap. con satisfaccion.)
DIEGO. ¡Y vuelvo á despedirme
de Perez!...
RODRIGO. ¿Sin mi licencia?
¿Qué lo motiva?
DIEGO. Su esposa
no sé de mí qué recela,
y esos recelos me ofenden,
y quien me ofende me afrénta.
RODRIGO. ¡Vive Dios!... ¿quién hace caso
de mujeriles sospechas?
DIEGO. Es que...
RODRIGO. Ya hablaremos, eso
cuando tiempo de hablar sea.
¿Y Perez?
DIEGO. Salió á palacio...
RODRIGO. ¿Sabes si á la firma lleva
los nombramientos de alféreces
que el rey pidió?
DIEGO. No: se niega
á extenderlos!...
RODRIGO. (Fingiendo temor.) ¿Está loco?
¡Resistirse á una exigencia
del rey!... ¡ya lo sospechaba!...
DIEGO. ¿Temeis?... (Alarmado.)
RODRIGO. ¡Su favor le ciega!...
¡Iré á palacio!... es preciso
que yo ahuyente la tormenta
que le aguarda...
DIEGO. ¿Qué decis? (Asombrado.)
RODRIGO. ¿No hay una puerta secreta
por aqui?
DIEGO. ¿Qué pretendeis?
RODRIGO. Fuerza es que nadie me vea.
DIEGO. Yo os haré salir.

(Busca la llave en la papelera.)

RODRIGO. No hay duda.
El diablo ayuda mi empresa!
¡Á la Princesa un mensaje!
(Coordinando las ideas.)
¡Luego es posible que venga
en alas de los temores,
que la oprimen y la cercan!...
De oculto el rey en San Justo
lleno de celos me espera;
si entrar la ve en esta casa
¿quién su cólera refrena?
Escobedo va esta noche
á ver por la vez postrera
á la princesa.—Juan Rubio
y Antonio Enriquez le acechan,
guarecidos en las sombras
muy cerca de la Almudena.
—Cuando sepan que Escobedo
es el dique en que se estrellan
¿qué han de hacer?... mañana el vulgo
reunirá estas coincidencias
y... (Frotándose las manos con satisfaccion.)

DIEGO. Salid. (Abriendo la puerta.)

RODRIGO. Si vuelve Perez
antes que yo, no le adviertas
nada que temor le inspire.—
Vuelvo pronto.

DIEGO. Bien.

RODRIGO. (Con intencion.) Y observa
cuanto ocurra en esta noche,
que acaso cosas sucedan
que te allanen el camino
para mas altas esferas.
(Sale y cierra Diego.)

ESCENA XII.

DIEGO.

¿Qué querrá decir mi padre
con tan oscura advertencia?
¿Qué sucesos se preparan
que influjo en mí tener puedan?
¡Siempre envuelto en el misterio!...
¡Siempre envuelto en las tinieblas!...
¿Quién penetra en el abismo
en que guarda sus ideas!
Ello dirá... ¿mas qué oigo?
¿Ya el secretario de vuelta?
¡Pronto terminó el despacho!...
¡Cosa de extrañar es esta!

ESCENA XIII.

DIEGO, ANTONIO PEREZ.

ANTONIO. ¡Hola!... ¿aqui vos todavia?
DIEGO. Esperaba á daros nuevas
de mi mensaje.
ANTONIO. (Dejando la cartera sobre la mesa.)
¿La visteis?...
¿Qué dijo?
DIEGO. Leyó risueña
vuestra carta, y presurosa
escribió y dióme estas letras.
(Le da un billete.)
ANTONIO. («Iré, esperadme.») Está bien:
breve y clara es la respuesta.
DIEGO. ¿Quereis mas?
ANTONIO. Nada. Escuchadme,
(Asaltado de un recuerdo.)
y perdonad que os detenga.
Á mi vuelta de palacio,
he visto que en la calleja
cercana á Santa Maria,
hay dos bultos que se velan

en las sombras, y sospecho
que algun asalto proyectan.
Buscad al paso una ronda
y que vigile de cerca
aquel sitio.

DIEGO. Bien.

ANTONIO. (Ap.) Asi
alejo á quien pueda verla,
y no hallará en su camino
mirada alguna indiscreta.

DIEGO. Guárdeos Dios. (Inclinándose para salir.)

ANTONIO. Hasta mañana.
(Distraido le despide.)

DIEGO. (¿Por qué tan inquieto queda?) (Saliendo.)

ESCENA XIV.

ANTONIO PEREZ, pensativo.

¡No haberme el rey recibido!...
¡Cosa es esta que me extraña!...
¡Dice que reza... y me engaña!
que alguien sabe que ha salido.
¿Qué misteriosa razon
á tal sigilo le mueve?...
¡Dios lo sabe!... ¿Quién se atreve
á penetrar su intencion?
El que en su genio sombrio
busca el móvil que le alienta,
es como el loco que intenta
navegar por el vacio;
que en la vasta inmensidad
que en el cielo se termina,
solo el ánima adivina
aire, calma y soledad. (Pausa.)
¿Será que mi clara estrella
pierda su lumbre? No sé:
¡Extrañas sombras noté
cuando anoche estudié en ella!...
¿Qué nueva constelacion
á su lado se levanta,
que asi me asusta y me espanta

fascinando mi razon?
¿Será el astro de Escobedo?
¿Será quizá que me venza?
¡Eh!... no mas, que me avergüenza
verme luchar con el miedo.

ESCENA XV.

ANTONIO, DOÑA JUANA.

JUANA. ¡Perez!...
ANTONIO. (Viendo á su esposa.)
(Me olvidé, por Dios,
que hablar pretendió conmigo.)
JUANA. (Con señales de enojo.)
Gracias que al cabo consigo
hablar á solas con vos.
ANTONIO. ¿Qué asunto de tal cuidado (Con interés.)
turba asi vuestro reposo?
JUANA. Toca el asunto al esposo, (Con intencion.)
y al par al hombre de Estado.
ANTONIO. ¿Qué decis? (Asombrado.)
JUANA. ¿Tanto el amor
de la Princesa os pervierte, (Con desden.)
que ni el deber os advierte
ni os advierte mi dolor?
ANTONIO. ¡Señora!... con tal lenguaje
que de cólera me inflama,
ofensa haceis á esa dama,
y á mí me haceis un ultraje.
¿Qué fundamento ó razon,
qué demostracion y prueba
tan desatentada os lleva
á tan doble acusacion?..
JUANA. No pidais, torpe, á mis labios
razon de esa inteligencia;
pedidla á vuestra conciencia,
que es fiscal de mis agravios.
¿No basta el desden profundo
con que me tratais, por Dios?
¿Tan poco pueden en vos

ya los respetos del mundo?
Tanto en vos han influido
esos livianos antojos,
que han cegado vuestros ojos
y han cegado vuestro oido?
Si resignada sufrí
vuestro indigno alejamiento,
hoy pongo á mi sufrimiento
remate y término aqui.
Que en asuntos tan prolijos,
señor, enredado os veo,
que hartas desdichas preveo
para vos y vuestros hijos.
Yo soy madre, esposa soy,
tengo amor, temores tengo,
y á deciros, Perez, vengo
cuanto he callado hasta hoy.

ANTONIO. Hablad!... hablad!... pues confieso...
¡ved si es firme mi razon!
que me causa admiracion
no haber ya perdido el seso.
¿Qué propala ese rumor
indigno y de mala ley?...

JUANA. Que ingrato faltais al rey,
que ingrato burlais mi amor.

ANTONIO. ¿Y qué mas?

JUANA. Dice que presa
de esa pasion que os fascina,
á un gran crímen os inclina
la mano de la Princesa.

ANTONIO. ¿Cuál es?

JUANA. Decirlo no puedo.

ANTONIO. ¡Me irrita tanto reproche!
Hablad.

JUANA Dicen que esta noche
quereis matar á Escobedo.

ANTONIO. ¿Por qué razon?... (Indignado.)

JUANA. Porque sabe
el lazo que os encadena,
y quiere decirlo en pena
de otro delito mas grave.

ANTONIO. ¡Ya mi paciencia se acaba!...

hablad, que pierdo el juicio.

JUANA. Se os atribuye el suplicio
que sufrió su pobre esclava.

ANTONIO. ¿Su crímen me imputan?
(Cada vez mas irritado.)

JUANA. (Con indignacion.) Perez,
otro fué quien lo intentó,
y vos lo premiais!...

ANTONIO. (En el colmo del asombro.) ¡Quién!... ¡yo!...

JUANA. ¡A un pinche nombrais alferez!...

ANTONIO. El rey lo pide.

JUANA. No es esa
la razon, que bien se infiere
que si él lo pide es que quiere
complacer á la Princesa.
Pues sabiendo que á los dos
os enlaza un interés,
dicen que ese asunto es
de la Princesa y de vos.

ANTONIO. ¡Mil veces Dios sea loado!...
(Respirando con satisfaccion.)

JUANA. ¿Que es ello? (Temerosa.)

ANTONIO. Esperad... leed.
(Sacando un papel de la cartera y mostrándolo.)
¡Memorial del pinche!... ved:
¿qué dice al márgen?

JUANA. ¡Negado!
(Examinándole y exclamando con alegria.)
¡Ay, Perez!... ¡perdon!... (Abrazándole.)

ANTONIO. (Con orgullosa satisfaccion.) ¡Asi
se confunde á la malicia!
¿quien duda de la justicia
que alienta dentro de mí?
Si tan infame rumor
queda á vuestros ojos muerto,
¿cómo podreis dar por cierto
el que calumnia mi amor?

JUANA. ¡Ay, Perez!... (Llorando.)

ANTONIO. ¿Dudais?...
(Desprendiéndose de sus brazos.)

JUANA. ¡Piedad!...
¡Sírvaos mi pena de excusa!...

mas de tal falta os acusa
mi constante soledad.

ANTONIO. ¡Dios sabe lo que me pesa!...

JUANA. Asi será; pero en tanto
que yo me deshago en llanto,
visitais á la Princesa.

ANTONIO. Razones de Estado son;
culpad por ello á Escobedo,
que busca con tanto enredo
la suya y mi perdicion.
Si su torpe afan se estrella
en nuestra estrecha alianza,
¿no ha de abrigar la esperanza
de imponerse al rey sin ella?
Que con doble afan traidor
busca en tan indigna guerra,
dar un rey á Inglaterra
y aqui el supremo favor.
Mirad si al rey he llevado
el castigo de ese afan.
(Mostrando otro papel.)

JUANA. «¡Que vuelva á España don Juan!...
»Escobedo desterrado.»

ANTONIO. ¿Ved qué otra prueba mayor
pudierais pedir ahora?...

JUANA. ¡Ah! (Abrazándole.)

ANTONIO. ¿Dudareis, mas, señora,
de mi lealtad y mi amor?

JUANA. ¡Cuánto los celos inflaman!...
¡Cuánto, ay Perez... he sufrido !...
¡Perdon!...
(Llaman á la puerta secreta)

ANTONIO (Contrariado.) ¡Cielos!...

JUANA. (Sorprendida) ¡Que rüido!...
¿Ois que á esa puerta llaman?

ANTONIO. (¡Por Cristo!...)

JUANA. (Viendo á su marido inquieto.)
(¿Que es esto?... ¡cielos!)

ANTONIO. ¡Idos! (Á Doña Juana)

JUANA. (¡Esa palidez!...
¿Por qué estallan otra vez
mas irritados mis celos?)

ANTONIO. ¡Idos!... (Suplicante.)
JUANA. (Irritada.) ¿Que me marche?... No.
¡Abrid!
ANTONIO. (¡Mi razon se ofusca!...)
JUANA. ¿No abris? Sabré quién os busca,
que soy vuestra esposa yo.
(Abre quedando medio oculta por la hoja de la puerta.)

ESCENA XVI.

DICHOS, la PRINCESA DE ÉBOLI.

PRINC. Temblando vengo de miedo,
que es arriesgada mi empresa.
ANTONIO. (¿Qué va á pensar?)
JUANA. (¡La Princesa!)
(Reconociéndola y cerrando la puerta.)
PRINC. ¡Gracias que al fin veros puedo!
ANTONIO. ¡Oh!... ¡Callad!...
PRINC. (Viendo su zozobra.) ¡Cómo!... ¿qué os pasa?
¡Ah!... ¡vuestra esposa!... (Descubriéndola.)
(¡Estoy muerta!
¿qué creerá?)
JUANA. (Conteniendo su ira y mirándola fijamente.)
¡Por mala puerta
habeis entrado en mi casa!
PRINC. (Procurando dominar su sorpresa con dignidad.)
¿Por qué?
JUANA. (Con severidad.) No os hace favor;
que por tales cuchitriles,
penetran solo alguaciles
ó mujeres sin honor.
ANTONIO. ¡Juana!...
PRINC. ¡Advertencia menguada
que me ofende! (Con gravedad.)
JUANA. (Con desden.) Harto me pesa,
que esto es deciros, Princesa,
que habeis errado la entrada.
No sé si obrais bien ó mal,
mas muy poco se respeta

quien busca puerta secreta
y olvida la principal.

PRINC. Ved que en insolencia toca
cuanto aqui habeis proferido.
(Á Perez con desden.)
¿Por qué no haberme advertido
que estaba esta dama loca?

JUANA. (Exaltada.)
¡Loca yo!

PRINC. (Con orgullo.) Por tal os doy,
que á tener sana la mente,
no olvidarais ciertamente
lo que sois y lo que soy.

JUANA. ¡Loca!...

ANTONIO. ¡Callad por favor!...

JUANA. ¡No puedo callar!

ANTONIO. ¡Lo mando!

PRINC. ¡Estais mi honor mancillando!...

JUANA. ¿Pues no me robais su amor?...

ANTONIO. ¡Oh!... (Avergonzado y colérico.)

PRINC. ¡No mas!... ¡Sufrir no puedo
frases de tan mala ley!...
—Oid, esta noche al rey
pretende ver Escobedo.
Ya su insolencia traspasa
todo término, y es mengua
no poner tasa á su lengua
ni á su ambicion poner tasa.

ANTONIO. Saldrá de aqui.

PRINC. Es manifiesto
su intento.

ANTONIO. Al rey no verá,
que para impedirlo ya
lo tengo todo dispuesto.

PRINC. Pues basta.—Vivid alerta
contra su saña traidora.
—Podeis abrirme, señora, (Á Doña Juana.)
cuando gusteis esa puerta.
Y hacedla ya mas favor,
pues que mi planta la huella,
que hoy entra y sale por ella
una dama con honor.

JUANA. Dama que se juzga tal,
nada ante mis ojos vale,
si descubierta no sale
por la puerta principal.
ANTONIO. ¿Qué eso digais? .. (Irritado.)
JUANA. Eso digo.
PRINC. ¡Pardiez, que irrita su encono!
ANTONIO. ¡Señora!... (Confuso.)
PRINC. ¡Yo la perdono!.,.
(Saliendo por la puerta principal.)
Venid...—¡Cielos, don Rodrigo!...
(Retrocediendo.)
ANTONIO. (Desesperado.) ¡Maldita fatalidad
la que nos sigue!... entrad.
(La esconde en la de enfrente.)
PRINC. ¡Oh!...
JUANA. ¡Perez!. . ¡qué esto sufra yo!...
ANTONIO. Callad, señora, callad!
(Con ira reconcentrada.)

ESCENA XVII.

DICHOS, D. RODRIGO.

RODRIGO. Buenas noches.
ANTONIO. (Afectando calma.)
¡Vos aqui!...
RODRIGO. Queriendo hablaros despacio,
á buscaros fuí á palacio,
que pensé hallaros allí.
ANTONIO. Perdonad, que ahora no puedo
escucharos...
RODRIGO. Volveré...
(Va á retirarse y vuelve.)
mas una pregunta.
ANTONIO. ¿Qué?...
RODRIGO. ¿Despachasteis á Escobedo?
ANTONIO. No me hableis de ese traidor,
ni me toqueis á tal punto.
RODRIGO. ¡Perdonad! .. (¡Bravo!... ¡este asunto
no puede salir mejor!
¡El rey la vió penetrar!...

¿Quién lo podrá resistir,
si al cabo la ve salir
lo mismo que la vió entrar?...)
¡El cielo os guarde!... (Saludando.)

DIEGO. (Dentro.) ¡Favor!...
(Ruido de cuchilladas.)

RODRIGO. ¡Cuchilladas! (Deteniéndose.)

JUANA. ¡Dios divino! (Espantada.)

DIEGO. (Dentro.) ¡Perseguid al asesino!...
(Cesa el rumor de espadas.)

ANTONIO. ¡Hola!... (Llamando.)

RODRIGO. ¡Una muerte!... (Como aterrado.)

JUANA. (Como sospechando lo que ocurre.) ¡Qué horror!

ESCENA XVIII.

DICHOS, GREGORIA asustada.

GREG. ¡Madre, de miedo me espanta
ese clamor tan deshecho!

JUANA. (Ap.) ¿Por qué tiembla asi mi pecho
y se anuda mi garganta?

ANTONIO. Callad, que siento rüido.

JUANA. ¡Oh!.. (Ansiedad en todos.)

ANTONIO. ¡No temais! (Calmándola.)

RODRIGO. ¿Quién será?

ANTONIO. Alguien que á decir vendrá
lo que en la calle ha ocurrido.

ESCENA XIX.

DICHOS, D. DIEGO con espada desnuda.

ANTONIO. ¡Don Diego!...

JUANA. ¡Tiemblo de miedo!

RODRIGO. ¡Hijo!...

GREG. ¿Qué es eso?

ANTONIO. ¿Qué pasa?

DIEGO. ¡Que cerca de vuestra casa
han dado muerte á Escobedo!

ANTONIO. ¡Oh!... (Mirando á doña Juana.)

JUANA. ¡Jesus! (Cubriéndose el rostro.)

DIEGO. ¡Ya de Dios goza!
Sin exhalar una queja,
muerto cayó en la calleja
del palacio de Mendoza.
ANTONIO. ¿Y quién le ha matado?
JUANA. (Como queriendo evitar la pregunta.) Perez!...
DIEGO. Á uno solo he conocido.
ANTONIO. ¿Quién es?
DIEGO. Ese que ha querido
partir á Flandes de alferez...
ANTONIO. ¡Cielos!... (Mirando á doña Juana.)
JUANA. (¡Todo le condena!) (Con dolor.)
RODRIGO. Vamos en su ayuda, pues...
JUANA. ¡Válgale, si aun tiempo es,
la Vírgen de la Almucena!
(Salen D. Rodrigo y D. Diego.)

ESCENA XX.

ANTONIO, DOÑA JUANA, GREGORIA.

ANTONIO. ¡Oh!... (Acercándose á su esposa, en voz baja.)
JUANA. ¡Dejad clamores vanos!
ANTONIO. ¡Oidme! (Suplicante.)
JUANA. ¡No os acerqueis,
porque pienso que teneis
tintas en sangre las manos!
(Abre la puerta que oculta á la Princesa.)

ESCENA XXI.

DICHOS, LA PRINCESA.

JUANA. ¡Salid!...
ANTONIO. ¡Juana!... por favor... (Suplicante.)
JUANA. ¡Por allí!... (Señalando la puerta secreta.)
PRINC. Ved... (Yendo á la del fondo.)
JUANA. ¡Nada valen
vuestros ruegos!... por ahí salen
las mujeres sin honor.
Salid, señora, salid...

(Bajo.) Murió Escobedo!...

PRINC. (Aterrada, sale.) ¡Dios santo!

JUANA. ¡Salid á ser el espanto
y la afrenta de Madrid!

ESCENA XXII.

DICHOS, menos la PRINCESA.

ANTONIO. ¡Oidme!...

JUANA. (Casi desvanecida.)
¡Ruegos prolijos!...

GREG. ¡Ay, madre!... ¿qué pasa aquí?

JUANA. ¡Dios tenga piedad de mí,
de vos... y de vuestros hijos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, GREGORIA.

GREG. No sé, no sé, madre mia,
qué secreto misterioso
hay aqui...
JUANA. Vanos temores
tuyos...
GREG. No, no me equivoco.
Hay algo aqui que no acierto
á comprender, y que solo
se revela en la amargura
de esos ahogados sollozos.
En vano callais, en vano
encubris pesar tan hondo,
porque del mal que os aqueja
da ese llanto testimonio.
No me oculteis vuestras ánsias,
que es un tormento espantoso
sentir que al alma me llegan
dolores que desconozco.

Os miro sufrir y sufro,
os miro llorar y lloro,
y abulta el misterio mismo
la inquietud en que zozobro.
¡Ay! despejad estas sombras,
y ya que el dolor afronto,
sepa al menos quién nos hiere
con tan implacable encono.
Hablad!

JUANA. ¡Inútil empeño!
¿Quizá felices no somos?
Tu padre obtiene en la córte
el régio favor, y todos
á su voluntad se rinden
sumisos si no envidiosos.
¿Qué mas?

GREG. ¡Lo decis llorando,
madre del alma!

JUANA. ¡Es de gozo!

GREG. ¡No, no! Desde aquella noche
que de mi mente no logro
apartar, en que Escobedo
murió á manos de alevosos...

JUANA. ¡Hija!

GREG. Mi padre está triste,
inquieto, y en vuestro rostro
mi amor descubre las huellas
de una desdicha que ignoro.
Vuestro silencio me mata,
porque entregado á sí propio,
el pensamiento se pierde
en mil conjeturas, loco.
Extrañas dudas me asaltan
y cual nave sin piloto,
voy á merced de las mismas
inquietudes que me forjo.
¡És tan horrible el recuerdo,
tan horrible! Aun pienso que oigo
aquel grito de don Diego,
triste, penetrante, ronco...
¡desesperado gemido
que al turbar nuestro reposo,

dejó para siempre el gérmen
del pesar entre nosotros.
Escobedo...

JUANA. ¡No le nombres,
hija!...

GREG. Con terror le nombro,
porque esa sangre parece
que cae cual hirviente plomo
sobre mí.

JUANA. ¿Qué estás diciendo? (Asustada.)

GREG. ¡Madre, lo que dicen todos!
¿No lo veis? Por todas partes
se propaga cauteloso,
de la cobarde calumnia
el envenenado soplo.
En vano busco el sosiego,
en vano ante Dios me postro,
que hasta el altar me persiguen
esos ecos afrentosos.

JUANA. ¡Oh!... no... (Atemorizada.)

GREG. ¡Mirad! ¡No es posible
ocultároslo!—Hace poco,
en mudo recogimiento
alzaba al cielo mis votos.
Al levantarme del suelo,
fijé sin querer los ojos
en un papel, medio oculto
al pie del reclinatorio.

JUANA. ¿Y era?... (Con ansiedad.)

GREG. Un infame billete:
un negro y pérfido anónimo
que á traicion me hirió en el alma
como un áspid ponzoñoso.
Tomad...

JUANA. (Leyendo.) «Sé que teneis miedo,
»porque os dice oculta pena
»que está vuestra casa llena
»con la sombra de Escobedo.
»Haceis bien. Pedid á Dios
»por el muerto, y de camino
»rogad por el asesino,
»que está muy cerca de vos.

»¡Ay! triste de él como olvide
»entre el engaño y la intriga
»que Dios vela y Dios castiga,
»que la sangre, sangre pide!
»Si la impunidad le alienta
»debeis advertirle á solas,
»que ya se agitan las olas,
»que ya ruge la tormenta.»
¡Oh! ¡qué horror! ¡Que no recuerde
jamás tu mente ese odioso
escrito que nos injuria!...
Olvídale...

GREG. ¡Ay, madre! ¿Cómo
he de vivir sin sospechas
si de mí surgen en torno?

JUANA. (¡Hasta sus hijos!...) ¡Dios mio,
en tí mi esperanza pongo!

GREG. ¡Callad; mi padre!...

ESCENA II.

DICHAS, PEREZ, hondamente preocupado.

ANTONIO. (¿Vacila
mi poder? No sé qué noto
en el rey... ¿Mas quién penetra
su pensamiento recóndito?)

GREG. ¿Venis enfermo? (Observándole con inquietud.)

ANTONIO. Rendido
vuelvo, que desde las ocho
no he conseguido tener
un momento de reposo.
Con el rey he despachado,
que es tan diligente en todo,
que no hay de fijo en el mundo
quien menos se entregue al ocio.
Él escudriña y repasa
consultas y protocolos,
desde los mas importantes
hasta los mas minuciosos.
Los dictámenes ojea
y escribe de puño propio

aclaraciones en unos,
anotaciones en otros.
Hasta corrige el estilo
si le juzga oscuro ó tosco,
que no hay nada que se escape
á sus penetrantes ojos.
Y por Dios que maravilla
que quepa en un hombre solo
tal grandeza en las ideas
y en los hechos tanto aplomo.
Ya me fatiga esta vida:
mas pienso que será corto
el tiempo de mi privanza...

JUANA. ¿Eso esperais? (Con inquietud.)

ANTONIO. Lo supongo.
Hace tiempo que mi estrella
se va eclipsando y mi horóscopo
se ennegrece... ¡Es tan mudable
la suerte!...

GREG. ¿Veis de qué modo (Á Doña Juana.)
se confirman mis temores?...

ANTONIO. ¡El poder es todo escollos!
Hoy mismo daba el rey cuenta
de un grave asunto.—De pronto,
fijando en mí su mirada,
que inspira terror y asombro,
me dijo con voz tranquila:
Ya lo veis, señor Antonio
Perez, al impulso mio
la mayor grandeza es polvo.

JUANA. ¡Gran Dios!

ANTONIO. Miréle suspenso;
pero él, cambiando de tono
y apoyando en mí su diestra,
añadió:—¡Soy generoso!...—
Al sentir en mí la mano
de un rey que desde su solio,
rige y gobierna la tierra
á medida de su antojo,
bajo su gran pesadumbre
temblé y conmovíme, como
si se hubiera desplomado

un mundo sobre mis hombros.

JUANA. Tal vez temeis sin motivo...
(Disimular me es forzoso,
no comprenda mi hija...) (Á Perez.)
¡Ah! tengo
que hablaros hoy de un negocio
importante.

ANTONIO. ¡Ya os escucho!

GREG. (¿Qué será?)

JUANA. ¡Déjanos solos!

ESCENA III.

DOÑA JUANA, ANTONIO.

JUANA. (Con agitacion.)
¡Poneos en salvo!

ANTONIO. (Resuelto.) ¡Nunca!

JUANA. ¡Poneos en salvo! El sordo
rugido de la tormenta
siento ya seguro y próximo.

ANTONIO. Eso fuera condenarme
yo mismo ..

JUANA. Ved que el encono
del monarca es implacable.

ANTONIO. Tranquilamente le arrostro.

JUANA. Es que circulan extraños
rumores.

ANTONIO. Que engendra el odio.

JUANA. ¡Es que todos os acusan!...

ANTONIO. Pues si es asi, mienten todos.

JUANA. (Con exaltacion)
¡Hasta vuestros mismos hijos
sospechan!...

ANTONIO. ¡Qué horror!
(Como herido por el golpe; pero reponiéndose.)
Conozco
que es mi corazon de roca
cuando este golpe soporto.

JUANA. ¡Vos!...

ANTONIO. ¿Yo tambien! (Con amargura.)

JUANA. Si en el alma

no os hiriera agudo y torbo
el tenaz remordimiento,
no fuerais supersticioso;
ni pidierais á los astros
embebecido y absorto,
sacrílegas esperanzas...

ANTONIO. Me ofendeis, pero os perdono.
Porque calla mi conciencia,
porque no encuentro en el fondo
del corazon, causa justa
á la tormenta que corro;
porque navego perdido
en este alterado golfo,
busco el rumbo en las estrellas,
á los astros interrogo.

JUANA. ¡Es verdad! (Con penosa ironia.)
No hay en el mundo
quien os guie...

ANTONIO. No hay en torno
de mí quien no me rechace
como á un execrable mónstruo.
¡Hasta vos!

JUANA. Yo nada os digo. (Con dignidad.)
Dentro de mi pecho escondo
mi dolor...

ANTONIO. En mi amargura,
¿qué mucho que alce los ojos
al cielo, si aqui, en la tierra,
todos me niegan su apoyo?

JUANA. Veis que os escucho con calma...
¡Partid! El tiempo es precioso,
tal vez mañana...

ANTONIO. ¡Cualquiera (Con dolor.)
sospechara que os estorbo!
¿Por qué ese afan?

JUANA. Porque os miro
del rey expuesto al enojo,
porque mis hijos os llaman
padre... ¡Por que sois mi esposo!

ANTONIO. ¡Si no me amais!... ¿qué os importa?

JUANA. ¿Qué no os amo?... ¡Esto es el colmo
de la ingratitud. ¿No basta

que hayais quebrantado y roto
un corazon que alentaba
para vos, para vos solo?
¿No basta que en mis horribles
y largas horas de insomnio,
mire el abismo de sangre
que se extiende entre nosotros,
mientras que vos distraido
en criminales coloquios,
la fé que me habeis jurado,
torpe arrastrais por el lodo?...
¿No basta?...

ANTONIO. Mirad que os juro...

JUANA. ¡No blasfemeis! (Con vehemencia.)
¡Si es notorio
vuestro amor á la Princesa!
¡Si habeis escrito con rojos
caractéres mi desdicha!...
¡Si amenazador y torbo
el cadáver de Escobedo,
os lanza el crímen al rostro!

ANTONIO. ¡Juana, la injusticia os ciega!

JUANA. ¡Si el rey lo sabe y celoso (Sin atenderle.)
vuestro castigo medita!. .

ANTONIO. Yo os declaro...

JUANA. No sé cómo (Con desden.)
negais lo que he visto. ¡Mucho
descendeis! Os desconozco.

ANTONIO. ¡Silencio!... (Viendo aparecer á Diego.)

ESCENA IV.

DICHOS, DIEGO agitado.

DIEGO. (Con inquietud.) Vengo á buscaros.

ANTONIO. ¿Qué teneis? Estais inquieto.
Decid, ¿qué pasa?

DIEGO. En secreto
quisiera, señor, hablaros.
Perdonad... (Á Doña Juana.)

JUANA. (¡Otra traicion!

Posible es que la Princesa
le envie...)

DIEGO. Ved que interesa
(Cada vez mas alterado.)
este asunto á mi opinion.

ANTONIO. ¿El caso es grave?

DIEGO. Muy grave.

ANTONIO. Si necesitais consejo
yo podré dároslo.

JUANA. Os dejo... (Marchándose.)
(¡antes que el dolor me acabe!)

ESCENA V.

ANTONIO PEREZ, DIEGO.

ANTONIO. ¿Qué sucede?

DIEGO. Escuchad pues.
Esta mañana á mi oido
llegó un rumor extendido
por todo Madrid.

ANTONIO. ¿Cuál es?
No me hará mucho favor...

DIEGO. Yo solo deciros puedo
que une el nombre de Escobedo
con el vuestro ese rumor.
Cuenta una historia sombria
y de vuestro nombre abusa.

ANTONIO. ¿Esto es decir que me acusa
de esa muerte? Lo sabia.

DIEGO. En vos sin razon se ceba...

ANTONIO ¡Es cierto!

DIEGO. (Indignado.) ¿Á qué no se atreve
la lengua audaz de la plebe?

ANTONIO. Pues dejadla que se atreva. (Con calma.)
No está en el poder segura
mi honra, pero no desmayo.
La calumnia es como el rayo,
que siempre busca la altura.

DIEGO. Hay mas, y esto ¡vive Dios!
me desespera...

ANTONIO. (Con indiferencia.) ¿Y qué es esto?

DIEGO. Dicen que el rey ha dispuesto
tomar venganza de vos.
Y añaden—con pena sigo,
señor, pero es necesario;—
que vuestro mayor contrario
es. . ¡mi padre don Rodrigo!
¡Venenosa acusacion
que mal con mi honor se aviene!
¡Pensar que mi padre tiene
tan podrido el corazon!...
ANTONIO. De todo el vulgo sospecha...
DIEGO. Perdí, al saberlo, mi aplomo (Exaltándose.
y volé á mi casa, como
parte del arco la flecha.
Allí estaba, hablé con él,
búrlose de mi ardimiento
y apaciguó en un momento
mi incertidumbre cruel.
—¡Cosas de la juventud,
dijo, que en todo se excede!—
¡Dudar yo de él! (Con amargura.)
ANTONIO. ¡Qué no puede
la voz de la multitud!
DIEGO. Confieso que estuve injusto;
mas temí volverme loco
cuando supe...
ANTONIO. (Tranquilizándole.) ¿Y por tan poco
le habeis dado ese disgusto?
Agradezco por honrada
y noble vuestra intencion;
mas si la murmuracion
me vence en esta jornada,
sabré luchar con mi estrella
sin temor y sin zozobra,
que tengo aliento de sobra
para combatir con ella.
DIEGO. Mi padre á veros vendrá,
porque mi desasosiego
le alarmó ..
ANTONIO. (Tendiéndole la mano.) ¡Gracias, don Diego!
Mi amigo sois.
DIEGO. (Viendo entrar á su padre.) Aqui está.

ESCENA VI.

DICHOS, D. RODRIGO.

RODRIGO. En alas de mi cuidado
vengo á veros...
ANTONIO. (Cortesmente.) Eso os tengo
que agradecer...
RODRIGO. Y á mas, vengo
de mi inclinacion llevado,
con ánsia de averiguar
si algun riesgo os amenaza.
ANTONIO. Eso dicen en la plaza
las gentes...
RODRIGO. ¡Es singular!
ANTONIO. Ninguna inquietud abrigo
que me haga temer la ley;
pero aseguran que el rey
está enojado conmigo,
y que ruge contra mí
su cólera soberana.
RODRIGO. ¿Le habeis visto?
ANTONIO. Esta mañana,
segun costumbre, le ví.
RODRIGO ¿Y nada os dijo?
ANTONIO. En verdad.
nada que á dudar me incline.
RODRIGO (Con rencor reconcentrado.)
(¡Ay de tí, cuando fulmine
la invisible tempestad!)
ANTONIO. Pero mi nombre amancilla
el vulgo, que no es escaso
en cuentos...
RODRIGO. (Con desden.) ¿Quién hace caso
de los cuentos de la villa?
ANTONIO. Me inspiran hondo desprecio;
mas á tanto se propasa...
RODRIGO. Como viene á vuestra casa (Con intencion.)
la Princesa, el vulgo necio
en comentar se entretiene
esas visitas...

ANTONIO. La escuda (Con energía.)
su propio honor.
RODRIGO. (Recalcando la frase) ¿Quién lo duda?
Lo sé... ¡Pero ello es que viene!
La gente es tan indiscreta
y anda Lucifer tan listo...
Si hay alguien que entrar la ha visto
por una puerta secreta...
No es fácil con esto, no,
que tales hablillas cesen.
DIEGO. Pero ved... (Alterándose.)
RODRIGO. (Con candidez hipócrita.) ¡Si todos fuesen
tan sencillos como yo!
DIEGO. Callad, padre, me dais miedo.
RODRIGO. (Siempre en el mismo tono intencionado.)
¡Mas la calumnia es muy terca!
Y luego murió tan cerca (Á Perez.)
de vuestra casa Escobedo!...
¡Funesta casualidad!
ANTONIO. (Con dignidad .)
¿Qué importa que me condenen?
RODRIGO. ¡Hay imposturas que tienen
apariencias de verdad!
Y esta se enreda y prepara
con un arte, que tal vez
yo mismo, si fuerá juez,
¡Dios me libre! os condenara.
Mas no hay que pensar en eso.
DIEGO. ¡Bien decis! (Respirando.)
ANTONIO. (Con hondo recelo.) ¡Por vida mia!
Cualquiera sospecharia
que empezábais mi proceso.
RODRIGO. ¡Bah! No me llama el Señor (Variando de tono.)
por tan extraño camino.
Es que busco y examino
las causas de ese rumor.
ANTONIO. Sabeis que vivo dispuesto (Con altivez.)
á todo...
RODRIGO. Por lo demas,
no habeis estado jamás
tan seguro en vuestro puesto.
¿Qué importa que siga en pos

de esos cuentos la malicia,
si el rey en su alta justicia
está contento de vos?
Ayer, tratando con él
de los negocios de Hacienda,
—y esto os lo confio en prenda
de amistad sincera y fiel,—
hablóme, no una vez sola,
de vos con amor profundo.

ANTONIO. ¡Es la fortuna del mundo (Desanimado.)
pérfida como la ola!
Mal está consigo mismo
quien sus impulsos no enfrena,
porque alterada ó serena
oculta siempre el abismo.

DIEGO. Ya veis que mi padre sabe (Alentándole.)
los intentos soberanos.

ANTONIO. ¡De sus secretos arcanos
solo Dios tiene la llave!
Veremos qué sesgo toma
el lance. Os voy á dejar,
porque tengo que mandar
unos despachos á Roma.
Es asunto que interesa
al rey...

RODRIGO. Pues id sin tardanza.
(Ap., viéndole salir.)
(¡Enredada en su esperanza
segura tengo mi presa!)

ESCENA VII.

DIEGO, D. RODRIGO.

DIEGO. ¡Ay, padre! Perez camina (Con abatimiento.)
hácia el abismo...

RODRIGO. (Con indiferencia.) Lo siento,

DIEGO. No sé qué presentimiento
me está anunciando su ruina.
Bajo su planta la tierra
vacila...

RODRIGO. ¿Qué se ha de hacer?

(En el mismo tono.)

DIEGO. ¡Hablais de ello á mi entender,
con una calma que aterra!

RODRIGO. Ni está su causa perdida
ni el riesgo que corre es grave.
Ademas, hijo, ¿quién sabe
si convendrá su caida?

DIEGO. ¡Padre!... (Espantado.)

RODRIGO. Cuando se desploma
un poder, otro aparece;
cuando un astro se oscurece,
otro mas brillante asoma...

DIEGO. Pero...

RODRIGO. ¿Quién sabe? Supon (Animándose.)
que tras difíciles pruebas,
él desciende y tú te elevas
á la mas alta region.
Y que Felipe segundo
realiza tu ardiente sueño
de ambicion, y que eres dueño
del rey, de Europa, ¡del mundo!
Y que, tan jóven, te ves
en la fortuna á que aspiras,
y que, sol de gloria, miras
toda la tierra á tus pies.
Y que para conseguir
que el rey de España te llame,
Perez... sobra...

DIEGO. (Indignado.) ¡Esto es infame!

RODRIGO. ¡Esto es medrar y subir!

DIEGO. Á tanta costa, jamás
quiero labrar mi fortuna.

RODRIGO. ¡Y haces muy bien! Esta es una
hipótesis nada mas. (Reponiéndose.)

DIEGO. Digo que con toda el alma
siento haberos escuchado.

RODRIGO. ¡Bah! los negocios de Estado
deben mirarse con calma.
Espero que poco á poco
templarás tu condicion.

DIEGO. ¡Oh! ¡nunca!..

RODRIGO. ¿Qué corazon,

jóven y ardiente, no es loco?

DIEGO. Pues bien: no os quiero ocultar,
ya que la ocasion se ofrece,
ya que el peligro aperece
por las puertas de este hogar,
que un vivo afecto, señor,
á su suerte me encadena,
su sentimiento que llena
mi vida entera: ¡el amor!

RODRIGO. ¿Qué es lo que dices? (*Asombrado.*)

DIEGO. No debo
callar. ¡Fuera cobardía!
Indigno me juzgaria
del nombre honrado que llevo,
y aun pienso que os ofendiera,
si estando el riesgo cercano,
fuese mi amor tan villano
y tan ruin que se escondiera.

RODRIGO. (*Preocupado.*)
¿Conque amas?...

DIEGO. Si, padre mio.
Negarlo fuera mentira.
La hija de Perez me inspira
amor... ¿Qué amor?... ¡desvario!
Y tan honda esa pasion
en mi corazon está,
que arrancármela será
arrancarme el corazon.
Intensamente domina
todo mi ser. Su hermosura
es luz misteriosa y pura
que me alumbra y me fascina.

RODRIGO. Será un juvenil capricho
quizás...

DIEGO. (*Con exaltacion.*) ¡Estais engañado!
Os juro...

RODRIGO. (*Con desden.*) ¿Qué enamorado
lo mismo que tú no ha dicho?

DIEGO. ¡Padre!...

RODRIGO. Modera tu afan.
¿Quién hace caso? Ese fuego
se extinguirá pronto, y luego...

ni aun cenizas quedarán.
¡Siempre ha sucedido así!

DIEGO. (Con ardor.)
¡Oh! ¡Permitid que no os crea,
porque es horrible la idea
que estais despertando en mí!

RODRIGO. ¡Eh! suspende esos extremos
y ten la impaciencia á raya.
Cuando espacio y lugar haya
de tu locura hablaremos.
Hoy no es prudente...

DIEGO. (Alterado.) Advertid,
señor, que vuestro lenguaje
da cuerpo y vida al ultraje
que os está haciendo Madrid.
¿Tendrá Perez que temer
de vos? ¿Sois quien le amenaza?

RODRIGO. (Este mozo lleva traza
de echarlo todo á perder!)
Pienso que altera tu juicio
ese amor desatinado.
Si cayera despeñado
Perez en el precipicio,
¿quieres correr el azar
de unir tu suerte á su suerte?
¿Qué conseguirás? Perderte
y no poderle salvar.
¿No comprendes que es error
desatender mis consejos?
¿No ves que estando mas lejos
podrás servirle mejor?
Porque soy prudente aplazo
ese amor...

DIEGO. (Convencido.) ¡Y sospechaba
yo? Perdonad. ¡Loco estaba!
Decis bien.

RODRIGO. (¡Cayó en el lazo!
Pero aventurado fuera
dejarle aqui...)

DIEGO. ¡En vos confio! (Con efusion.)

RODRIGO. Ahora recuerdo, hijo mio,
que el tesorero te espera.

DIEGO. ¿Sabeis qué quiere?
RODRIGO. No sé.
Mas vete y no te retardes.
(Deteniéndole.)
¡Ah!... cuidado que me aguardes
en San Salvador!
DIEGO. Lo haré...
RODRIGO. ¡Si estos muchachos de ahora
(Viéndole salir.)
dan en tener corazon,
¡qué pobre generacion
va á ser nuestra sucesora!

ESCENA VIII.

D. RODRIGO, solo.

Este amor me contraria.
¡Es un obstáculo! Fuerza
es quitarle del camino
que conduce á la grandeza.
Pero... ¿cómo? (Pensativo.)
¡Ah! gran proyecto.
(Herido de una idea repentina.)
¡Famoso! Sin que él lo advierta
puedo conseguir hoy mismo
que la dama le aborrezca.
Y cuando rompa ese nudo,
¡mi buena intencion me absuelva!
llegará á la cumbre... ¡Vamos
enredando la madeja!
El rey, que desde San Justo
vió salir á la Princesa
de esta casa, y se apercibe
á satisfacer su ofensa...
El vulgo mal inclinado
que busca, inquiere, y comenta
los hechos, con tal malicia
que sin escuchar condena...
Doña Juana recelosa
y ofendida... ¡Qué pequeña
la humanidad me parece,

tan inocente y tan crédula!
—Decretada está la ruina
de Perez. Sorda y tremenda
la cólera del monarca,
busca rugiendo su presa.
«Mañana sabreis, me dijo,
mi resolucion suprema,
que está, Vázquez, mi justicia
en lucha con mi clemencia.»
¡Oh!... si la justicia fuese
la que pugnara, perdiera.
Pero... ¡es la venganza! y juzgo
imposible que no venza.
Hoy recibiré la órden
de prision... Por lo que pueda
resultar, tengo apostados
los alguaciles ahí cerca...

ESCENA IX.

D. RODRIGO, DOÑA JUANA.

RODRIGO. ¡Ah!... ¡Señora!
JUANA. (Si este sabe...
¡será inútil!... ¿Quién penetra
su intencion?) Mucho celebro
veros...
RODRIGO. Bendigo mi estrella, (Afablemente.)
que en ocasion de serviros
me trae á vuestra presencia.
Mandad.
JUANA. Vos, que autorizado (Con ansiedad.)
por vuestro cargo, en la régia
cámara teneis entrada,
podreis decirme...
RODRIGO. (Interrumpiéndola.) Quisiera
complaceros, mas ignoro
lo que en la córte se piensa.
Mi genio es tan retraido,
que vivo, señora, en ella
como un huésped...
JUANA. (Dudosa.) Pero... ¿nada

sabeis?

RODRIGO. Ni es fácil que sepa.
El rey solo me consulta
en los negocios de Hacienda,
y las áulicas intrigas
son para mí tan ajenas,
que por conducto del vulgo
solo á mi noticia llegan.

JUANA. No me importan los rumores
de esa gente, cuya lengua,
de toda infamia al servicio,
ninguna opinion respeta.
¡Á vuestra amistad acudo!

RODRIGO. ¿Á mi amistad? Claras muestras
teneis de que es firme; pero
si la ocasion se presenta
vereis muchas mas...

JUANA. No atino...
¿Qué quereis decir?

RODRIGO. (Con traidora sonrisa.) ¡Paciencia!
Hemos de ser mas que amigos
si nuestros hijos se empeñan...

JUANA. ¡Ah!... (Con disgusto mal reprimido.)

RODRIGO. (Necesito librarme
de preguntas indiscretas.)

JUANA. (Reponiéndose.)
Ya hablaremos de eso. Ahora... (Impaciente.)

ESCENA X.

DICHOS, la PRINCESA DE ÉBOLI.

PRINC. (¡Este hombre aqui!) (Alterada.)

RODRIGO. (¡La Princesa!)

JUANA. ¡Señora! (Sorprendida.)

PRINC. ¿Quizá os sorprende
mi atrevimiento?

RODRIGO. (Regocijándose.) (Dios ciega
á los que quiere perder.)

PRINC. Mas la obligacion me fuerza
á pisar estos umbrales.

JUANA. ¿Y nada mas? (Con enojo.)

PRINC. (Con intencion y altivez.) ¡Por la puerta

principal y en pleno dia
penetro en la casa vuestra!

JUANA. Haceis bien, porque el misterio
y la oscuridad engendran
(En el mismo tono.)
fantasmas aterradores,
y apariciones sangrientas.

PRINC. Mi conciencia está tranquila,
y no temo que la ofendan
vanos recelos...

JUANA. (Con ironia.) ¡Bien haya,
señora, vuestra conciencia!
De otras sé yo que aunque limpias
de toda mancha aparezcan,
ocultan negros abismos
que espanto al infierno dieran.
¡Qué noches serán las suyas
tan lúgubres, tan siniestras!
El recuerdo de su vida
las seguirá por doquiera.
Verán esposas burladas,
madres que lloran inquietas,
crímenes quizás... ¡Vé tanto
el malvado en las tinieblas!
Y en vano querrán librarse
de sus penosas ideas,
que donde el delito acaba
el remordimiento empieza.
¿No es esto verdad?... ¡Mas veo
que os agitais!... ¿Qué os altera?
¡Es extraño!... Estais, señora,
pálida como una muerta!...
¿No veis, don Rodrigo?

PRINC. (Con dignidad.) Nada
hay en esto que sorprenda.
De tal modo esas palabras
en mi corazon resuenan,
que me estremezco al oirlas
sin llegar á comprenderlas.

JUANA. ¡Vuestra virtud os escuda! (Irónicamente.)

RODRIGO. (Hipócritamente.)
No hay en Madrid quien se atreva

á negarla...

PRINC. (Este hombre tiene
los instintos de una fiera.)

JUANA. (En un arranque de ira.)
¡Acabemos! ¿Qué motivo
os tráe á mi casa en esta
ocasion?...

PRINC. Quisiera hablaros,
y el temor mis labios cierra.

JUANA. ¿Miedo vos?... Pues os creia
mas valerosa y resuelta.
¿Quien á tanto se ha atrevido
hoy vacila, calla y tiembla?

PRINC. ¡Oh! (Irritada.)

JUANA. (Con furor reconcentrado.)
Confesad francamente,
sin hacer vanas protestas,
que no era á mí á quien buscábais.

PRINC. ¡Hareis que mi calma pierda!
(Reprimiéndose, á Doña Juana.)
Necesito hablar á solas
con vos.

RODRIGO. (No sé qué proyecta...) (Receloso.)

JUANA. Nada teneis que decirme, (Colérica.)
nada entre nosotras media
que autorice confianzas
que me agravian y avergüenzan.

PRINC. ¡Señora!... Fuera ya en mi (Con exaltacion.)
debilidad, fuera mengua,
no contestar por respetos
que no guardais, á esa ofensa.
¡Voy á hablar! Pero advertid
que hablo por vos en presencia
del incansable enemigo
que nos persigue y acecha.
(Fijándose con resolucion en D. Rodrigo.)

RODRIGO. ¡Pienso que vuestras palabras
no me alcanzan!...

PRINC. (Con energia.) Pues debiérais
conocer que las dirijo
contra vos...

RODRIGO. (Con altivez.) ¡Pues no me aciertan!

JUANA. ¡Oh! ¡Callad!... (Alterada á D. Rodrigo.)
PRINC. Sé que me expongo
á graves peligros... ¡Sea!
que ya es tiempo de arrancaros
esa hipócrita careta.
JUANA. ¡Ved que os hallais en mi casa!
PRINC. No lo olvido.
RODRIGO. (Con sencillez.) ¿Quién creyera
que sobre mí descargara
la nube, de rayos llena?
PRINC. Ya es tiempo de que la luz
los misterios esclarezca.
Él es, él, quien ha sembrado
por la córte esas sospechas,
que mi dignidad rebajan
y al rey y á vos os afrentan.
Él, quien empujó á Escobedo,
por la pendiente funesta
que puso fin á su vida,
y límite á la paciencia
del rey...
RODRIGO. (Pero... ¿cómo sabe?...)
PRINC. Él por medios que reprueba
la moral, de sus verdugos
armó la asesina diestra.
Él, esquivando el peligro
con una intencion de hiena,
influyó para que fuesen
de alféreces á la guerra...
RODRIGO. ¿Quién os ha dicho?... (Alarmado.)
PRINC. (Con energia.) ¿No os basta
que lo sepa?
RODRIGO. (Inquieto.) ¿Teneis pruebas?
PRINC. ¡Las tendré!
RODRIGO. ¡Ah!...
(Respirando como libre de un peso abrumador.)
por vida mia
que hubiese sido discreta
prevision, para acusarme,
no esperarlas y tenerlas.
JUANA. (¿Qué es esto? Vacilo, dudo...)
RODRIGO. ¡La trama está bien dispuesta!

Mientras en mí se entretiene
la ávida maledicencia,
con razon ó sin motivo
no os acusa ni condena...

PRINC. ¿Veis lo que supone? (Con desprecio.)

RODRIGO. (Fingiendo indignacion.) Os dejo
á solas con la Princesa.

JUANA. ¡No, no!... esperad... (Deteniéndole.)

RODRIGO. Excusadme (Alejándose.)
el rubor de la defensa.
(Es menester dar el golpe
pronto, que el peligro arrecia.
Si el rey...)

ESCENA XI.

DOÑA JUANA, PRINCESA.

JUANA. (¡No sé qué pensar!)

PRINC. Señora... ¿estais satisfecha?
Ya veis que afrontando todos
los riesgos y contingencias,
hablé delante del hombre
que busca la ruina nuestra.
¿Qué mas pretendeis de mí?

JUANA. ¿Y cómo quereis que os crea (Recelosa.)
cuando teneis con engaños
el alma de Perez presa?

PRINC. ¡Os compadezco!... Sabed
(Con altiva piedad.)
que tengo noticias ciertas
de que el rey ha decretado
con sigilosa reserva,
la prision de vuestro esposo...

JUANA. ¿Qué decis? (Agitada.)

PRINC. ¡El tiempo apremia!
Haced que se ponga en salvo,
que es posible que le prendan
antes de una hora...

JUANA. (Sobresaltada y celosa.) ¡Dios mio!
¿qué confusiones son estas?
Dos veces me dais la muerte

con tan espantosa nueva,
por el mal que me predice
y por ser vos quien la cuenta.
Ese interés que os obliga,
atropellando cautelas,
á advertirle del peligro...
¿qué es sino amor?

PRINC. (Con sinceridad.) Es... prudencia.
La misma causa nos une,
que en esta arriesgada empresa
quiere el cielo que me salve
con él, ó con él me pierda.
¡Id, volad!

JUANA. ¡Me está matando
el dolor!...

PRINC. Esto os convenza.

JUANA. ¡Si cuanto mas pienso en ello (Desesperada.)
mas mis dudas se acrecientan!

PRINC. ¡Juro que son infundadas
por cuanto ameis en la tierra!

JUANA. ¡Oh! ¡no es bastante!

PRINC. ¡Os lo juro
por mi salvacion eterna!
Corred... ¡Quizá será tarde!
y adios quedad, que si llegan
á verme...

ESCENA XII.

DICHAS, PEREZ.

ANTONIO. ¿Vos en mi casa? (Sorprendido.)

JUANA. ¡Harán que loca me vuelva!

PRINC. (Con agitacion.)
Perez, la inquieta fortuna
se aparta de vos. Nos cercan
graves riesgos.

ANTONIO. (Desalentado.) ¡Me lo ha dicho
anoche mi aciaga estrella!

PRINC. Hay amigos que nos venden,
el rey prenderos ordena,
parad el golpe primero,

idos, y ¡Dios os defienda!

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA, ANTONIO PEREZ.

JUANA. Ya lo veis... ¡marchad! por vos
y por nuestros hijos temo.
No nos queda en tanto extremo
sino la piedad de Dios.
Escapad de la asechanza
que os tiende mano traidora.
ANTONIO. ¡Estaba escrito! La hora
sonó ya de la venganza.
Pero aguardaré tranquilo
mi suerte...
JUANA. ¡Ved mi afliccion!...
¡Partid, partid! Aragon
os dará secreto asilo.
Desde allí podreis buscar,
si el horizonte se cierra,
refugio en extraña tierra.
ANTONIO. Es en vano: aqui he de estar.
Venga lo que quiera en pos,
no me iré, que eso seria
dar razon en contra mia,
al rey, al mundo y á vos.
Fuera confesar mi yerro,
y es mejor alzar la frente
en el cadalso, inocente,
que bajarla en el destierro.
JUANA. ¡Ay, Antonio! ¡Me matais!...
ANTONIO. En mi inocencia confio.
JUANA. Lo que yo quiero, ¡Dios mio!
lo que quiero... ¡es que vivais!
Por el jardin, sin testigos,
hallareis fácil salida;
mas tarde, vuestra partida
dispondrán nuestros amigos.
¡Ved que temo mi viudez
y la cólera siniestra
del monarca, que soy vuestra
esposa, no vuestro juez!

Yo no os juzgo ni condeno...
¡Marchad!

ANTONIO. (Con resolucion.) ¡Son ruegos prolijos!
No he de legar á mis hijos
un nombre de infamia lleno;
y quiero, si por mi mal,
me abruma el rigor del hado,
que digan:—«Fué desdichado,»—
pero no—«¡Fué criminal!»

JUANA. (Desesperada.)
Mas ¿no conoceis?...

ESCENA XIV.

DICHOS, DIEGO, alterado y presuroso.

DIEGO. ¡Señor!
¡señor!...

JUANA. (Aterrada al verle.) ¡Que Dios nos proteja!

ANTONIO ¿Qué os pasa?

DIEGO. (Inquieto) Si no me deja
hablar tranquilo el temor.
Pero mi suerte bendigo
que me ha permitido veros...

ANTONIO. ¡Acabad!

DIEGO. Hoy va á prenderos...

JUANA. ¿Quién? (Exaltada.)

DIEGO. Mi padre don Rodrigo.

JUANA. ¡Era cierta su traicion! (Desfallecida.)
¿Qué es lo que buscais?
(En un arranque de ira.)

DIEGO. Orandó
estaba en el templo, cuando
recibió la comision.
Miróme con hondo afan
y tristemente me dijo:
—¡Esto es hecho! Ya ves, hijo,
qué mal encargo me dan.
Cumplirle manda el respeto;
pero la amistad me valga.
Vete y di á Perez que salga
por el postigo secreto.
Y libre de todo susto,

que no ha de ser molestado,
podrá acogerse á sagrado
en la iglesia de San Justo.
No tendré esbirros allí
que le observen...

JUANA. ¡Aguardad! (Recelosa.)
Nos tiende un lazo...

DIEGO. (Sin oirla y con ánsia.) ¡Mirad
que viene detrás de mí!
Salir de aqui es menester.
¡Si os quedais estais perdido!

ANTONIO. Lo sé; pero he decidido
(Con firmeza.)
dejarme, Vázquez, prender.

DIEGO. ¡Señor! (Asombrado.)

ANTONIO. Lo dicho: no huyo.

DIEGO. ¡Mereceis que loco os llame!

JUANA. (Fuera de sí.) ¡Vuestro padre es un infame,
y vos instrumento suyo!

DIEGO. (Alterado.) ¡Señora!... ¿tan sin razon
me ofendeis?...

JUANA. (Decidida.) Sé lo que digo.
Ha tiempo que don Rodrigo
busca nuestra perdicion.
Alguna traicion concierta,
pues de buena fé no acude....

ANTONIO. ¿Qué decis? (Con enojo.)

JUANA. ¡Dios os ayude (Con aire sombrío.)
si pasais por esa puerta!
(Señalando el postiguillo secreto.)

DIEGO. Aunque es horrible el ultraje
que me haceis, no me defiendo,
porque si lo hiciera entiendo
que agraviara mi linaje.
La honda pena que os traspasa
vuestra razon estravia.

ESCENA XV.

DICHOS, GREGORIA, sobresaltada y trémula.

GREG. ¡Ay madre, madre!...

JUANA. ¡Hija mia! (Espantada.)
GREG. ¡Cercando estan nuestra casa!
DIEGO. ¿Lo veis? (Con desaliento.)
GREG. Que en busca de vos (Á Perez.)
viene la justicia, infiero.
DIEGO. No os detengais...
ANTONIO (Con calma.) Aqui espero
los altos juicios de Dios!
GREG. ¡Oh! ¡qué horror! Le prenderán.
DIEGO. ¡Su obstinacion me da espanto!
GREG. ¡Padre! ¿no os mueve mi llanto?
¿No os mueve mi ardiente afan?
Mis súplicas os dirijo.
JUANA. ¡Marchad!
ANTONIO. ¿Pretendeis que olvide
mi honor?
GREG. Vuestra hija os lo pide.
(Arrojándose á sus pies)
DIEGO. Y si vos quereis .. ¡vuestro hijo!
(Postrándose.)
ANTONIO. ¿Qué es esto? (Levantándolos sorprendido)
DIEGO. No es ocasion
de callar, ya que os imploro.
Esto es, señor, que la adoro
con todo mi corazon.
Mi padre salvaros quiere
porque conoce mi inmensa
pasion... ¡Mirad si es ofensa (Á doña Juana.)
la que por vos se le infiere!
Y me matará el dolor
si os prende...
ANTONIO. (Abrazándole.) ¡Gracias, don Diego!
JUANA. ¡Ya se acercan!... ¡Os lo ruego!
(Agitada y fuera de sí.)
¡Os lo ruego por mi amor!
ANTONIO. (Abrazándola conmovido.)
¡Por vuestro amor, dueño mio!...
Ya mi incertudembre acaba.
¡Ay, Juana! Sin él estaba
mi pobre pecho vacio.
¿Quereis que salve mi vida?
Bien está. De aqui me alejo.

¡Pero entre vosotros dejo
toda mi alma repartida!

DIEGO. Pronto, que pueden llegar...

GREG. ¡Ya suben!...

ANTONIO. (*Abrazándolos.*) ¡Pierdo la calma!
¡Sabe Dios, hijos del alma, (*Con desesperacion.*)
cuándo os volveré á abrazar!

JUANA. ¡Por aqui!
(*Desprendiéndose de sus brazos y señalándole la puerta de la derecha.*)

DIEGO. ¡No, por aqui!
(*Empujándole por el postiguillo secreto que conduce á la calle.*)

ANTONIO ¡Llegó el instante supremo!
(*Desapareciendo por él.*)

JUANA. (*Queriendo detenerle con un movimiento instintivo.*)
¡Esperad!... (¡No sé qué temo!)

DIEGO. ¡Señora? ¿Aun dudais de mí? (*Quejoso.*)

ESCENA XVI.

DICHOS, menos PEREZ.

GREG. ¡Ay! Por vez última quiero
verle partir...

DIEGO. (*Con dolor.*) ¡Dios le guie!

GREG. ¡Madre! Dejad que le envie
desde aqui mi adios postrero.
(*Entrando en el balcon.*)

JUANA. ¡Señor, Señor, sé propicio
á mi súplica sumisa!
Si una víctima es precisa
yo me ofrezco al sacrificio.

ESCENA XVII.

DICHOS, D. RODRIGO, en la puerta del fondo. Dos Alguaciles.

RODRIGO. ¡Perdonad! Cumplo una ley
penosa...

JUANA. Habeis acudido (*Con gravedad.*)
tarde. ¡Partió mi marido!

RODRIGO. ¡Mándame prenderle el rey!
JUANA. Pues se ha escapado la presa.
RODRIGO. ¡Ved que esto malicia arguye!
JUANA. ¿Y por qué? (Alterada.)
RODRIGO. Por que quien huye
su mismo crimen confiesa.
JUANA. ¡Que llegais tarde, os repito!
RODRIGO. Lo siento, que á mi pesar,
su fuga habrá de constar
como prueba del delito.
DIEGO. No le comprendo... (Con asombro.)
GREG. (Saliendo del balcon pálida y profundamente agitada.) ¡Que horror!
RODRIGO. (¡Ya está cogido!) (Con secreta alegria.)
JUANA. (Fuera de si.) ¡Qué es eso?...
GREG. ¡Le han preso, madre, le han preso,
en la iglesia ya!...
JUANA. (Mirando colérica á Diego.) ¡Ah... traidor!
(Deshecha en lágrimas.)
GREG. ¡Que proceder tan impio!
JUANA. (Á Diego, con ira reconcentrada.)
¡Malvado! ¿asi nos ayudas?
DIEGO. (Consternado, acercándose á Gregoria.)
¡Escuchadme!...
GREG. (Rechazándole con indignacion y desprecio.)
¡Aparta, Judas!
RODRIGO. (Presenciando la escena con mal reprimida satisfaccion.) (¡Ya maté su amor! ¡Ya es mio!)
DIEGO. (Á D. Rodrigo, airado y quejoso.)
¡Mi corazon es de hielo!
¿Que hicisteis?
RODRIGO. (Severamente.) La ordén cumplí
del rey...
JUANA. (Cayendo desplomada en los brazos de su hija.)
¡Mande sobre tí
todos sus rayos el cielo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion distinta en la misma casa de Perez, modestamente adornada; puerta á derecha, izquierda y fondo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA.

¡Ilusiones!... todo es vano:
¿Quién del rey la saña doma?
¡Ay de la débil paloma
sujeta por el milano!
Rendida, trémula, opresa
mira al cielo que cruzó:
¿mas qué milano soltó
rendida una vez su presa?
Tal es aqui nuestra suerte,
suerte de Dios maldecida:
apariencias de una vida
con realidades de muerte.
¿Por qué una loca esperanza
el alma triste acaricia,
cuando alienta en la justicia
espíritu de venganza?
Huye, Perez; el rey fiero
busca irritado su huella,

y por prenderle atropella
de la iglesia el santo fuero.
Y al verle al fin humillado
quejoso le dice allí:
«Si tú te alejas de mí,
»¿quién gobernará el Estado?
»¡Tener temor á la ley
»cuando la ley va conmigo!
»Haces mal, que eres mi amigo
»y amigo tuyo es el rey.»
Sarcasmo indigno y cruento
que su carácter precisa,
pues marcó en una sonrisa
lo que acabó en el tormento.
¿Y asi es posible vivir?
¿y asi es posible esperar?
No, forzoso es acabar
y libertarle ó morir.
Mas Gil de Mesa no viene
y el tiempo apura: ¿qué habrá
que á Madrid no ha vuelto ya
y en Aragon se detiene?

ESCENA II.

DOÑA JUANA, GREGORIA, con manto y agitada.

GREG. ¡Madre!
JUANA. Hija mia, Gregoria,
¡tú con manto! ¿dónde vas?
triste y desolada estás,
¿qué tienes? ¡Habla, mi gloria!
GREG. Perdonad. (Procurando calmarse.)
JUANA. ¿Qué otro dolor
muestra tu rostro sombrio?
GREG. Vengo...
JUANA. ¿De dónde, Dios mio?
GREG. De hablar con el confesor
del rey...
JUANA. ¡Tú! (Con ira.)
GREG. Sí, madre, sí,
que anoche rogando al cielo

pensé en él con vivo anhelo
y hoy á sus pies acudí.

JUANA. ¿Á qué?

GREG. Á implorar su clemencia,
que á Dios representa á fé,
y es el único que lée
del monarca en la conciencia.

JUANA. ¿Y verle pudiste?

GREG. Si,
y ante mi llanto prolijo
con trémula voz me dijo:
«niña, ¿qué buscas aqui?»
—Busco mi remedio en vos,
le dije; busco justicia,
que hallarla debo propicia
en quien es sombra de Dios.
Aplicador de su ley,
juez de aquel que la traspasa,
¿cómo no habeis puesto tasa
á los rigores del rey?
¿No condena Dios airado
al que su amor no merece
cuando injusto prevalece
en las sombras del pecado?
Pues si en el piélago hirviente
de sus iras penetrais
y viendo, señor, estais
que mi padre es inocente;
¿por qué al ver su corazon
rebosando de venganza,
no le arrancais la esperanza
de su eterna salvacion?

JUANA. ¡Hija!... (Aterrada.)

GREG. Helado, balbuciente,
como el que ahuyenta un conjuro,
díjome:—¡Si, si! yo os juro
que Perez es inocente:
de Dios cumpliré la ley,
en su justicia confio;
¿pero... qué he de hacer, Dios mio?
¡yo soy yo, y el rey es rey!

JUANA. ¡Alma indigna!

GREG. De ira presa,
madre, de aquel sitio huí;
mas sin saber cómo fuí
á casa de la Princesa.

JUANA. ¡Tú á la Princesa! (Indignada.)

GREG. Llegué,
quise hablar, mi voz se ahogó;
conocióme, me abrazó,
lloró al besarme y lloré.

JUANA. ¡Tú en sus brazos!

GREG. Con fé ardiente
dijo:—Busco lo que vos,
y juro en nombre de Dios
que soy de todo inocente.
Tened fé, que si consigo
en la trama penetrar,
y al cabo llego á encontrar
la huella de mi enemigo,
aunque un puñal me taladre
el corazon, desalada
iré yo á vuestra morada
á salvar á vuestro padre.
Que bien sacrificio tal
y abnegacion tal merece,
quien tan sin culpa padece
y padece por mi mal.

JUANA. (Ap.) ¡Dios mio! ¿qué he de creer?
¿qué he de creer, santos cielos?
¿Serán injustos mis celos
é inocente esa mujer?

GREG. Salí de allí, y á la puerta
á Diego Vazquez me hallé.
¡Ay, madre! al verle pensé
quedar á sus plantas muerta.
Vióme, envolvíme en el manto,
salí, tras de mí volvió;
quiso hablarme y no me habló,
que apagó su voz el llanto.
Entonces en fiero alarde
díjele grave y solene:
«¡qué bien la traicion se aviene
»con ese llanto cobarde!»

Intentó hablar, no lo oí;
¡Dios asi lo habrá querido,
porque á haberlo permitido,
no se qué fuera de mí!

JUANA. ¿Aun le quieres? (Irritada.)

GREG. ¡Por Dios vivo!
¿Cómo no? ¡Con loco amor!
¡Si no lo juzgo traidor!...
¡si su traicion no concibo!...

JUANA. Sella los labios, Gregoria,
que al verte á su amor asida,
juzgo que tu mente olvida
de tu padre la memoria.

GREG. ¡Ay, madre!

JUANA. No volverás
á apartarte de mi lado;
si hoy burlaste mi cuidado,
no ocurrirá aquesto mas.

GREG. Fuí de la justicia en pos...

JUANA. ¡La justicia!... ¡Vago anhelo!...

GREG. ¡Ay!... ¿dónde hallarla?

JUANA. ¡En el cielo,
que allí la justicia es Dios!

ESCENA III.

DICHAS, ANTONIO PEREZ pálido y demostrando sufrimiento.

ANTONIO. ¡Decis bien!...

JUANA. ¡Perez!

ANTONIO. (Abrazándola.) ¡Gregoria!...

GREG. ¡Señor!... (Abrazándole y llorando.)

ANTONIO. Dice bien tu madre;
quien busca aqui la justicia
busca la justicia en balde.

JUANA. ¿Habeis escuchado?

ANTONIO. ¡Todo!...

GREG. ¡Padre mio!... (Confusa.)

ANTONIO. ¡Eres un ángel!...
no te disculpes.

GREG. La infamia
os persigue en todas partes:

algüaciles os vigilan,
teneis la casa por cárcel,
la amistad os abandona,
aqui no penetra nadie,
y todos nos dejan solos,
solos con nuestros pesares.
¿Qué hacer? Os debo la vida,
mataros quieren; mas antes
debo llevar mis suspiros
donde puedan escucharse.
(Sonriendo tristemente.)

ANTONIO. ¿Y por eso á rogar fuiste
á los pies de Diego Chaves?
¡Chaves es hombre!... Los hombres
no comprenden á los ángeles.—
Eres hermosa, eres jóven,
¡el mundo es cieno!... ¿quién sabe
lo que el mundo pensar puede
al verte sola en la calle?
No mas pedir por mi vida,
que nada la vida vale
si el soplo de la calumnia
en tu frente ha de estrellarse.

GREG. ¡Dios mio! (Aterrada.)

ANTONIO. Déjanos solos,
que dentro de poco es fácil
que como siempre á esta hora
llegue aqui Rodrigo Vazquez.

GREG. ¡Me perdonais, padre mio?

ANTONIO. ¿Pudiera no perdonarte?
¡Dios solo sabe, hija mia,
lo que siento en este instante!

GREG ¡Madre!... (Besándole la mano.)

JUANA. No mas... (Despidiéndola.)

GREG. ¡Dios del cielo,
salvad la vida á mi padre!

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, ANTONIO PEREZ.

ANTONIO. Cuando tal hija se tiene

y se tiene tal esposa,
¿no ha de mirar por su vida
quien cifra en ellas su gloria?

JUANA. ¿Qué decis?

ANTONIO. Que lo sé todo,
que vuestra lealtad me asombra,
que sois santa, y como á santa
mi noble pecho os adora.

JUANA. No os entiendo.

ANTONIO. Hace un momento
que con el ánima absorta,
pensaba yo en vuestra estancia
en mi dolorosa historia,
cuando de pronto, de un cuadro
se alzó la ligera forma,
y descubriendo una puerta
abrió paso á una persona.

JUANA. ¡Dios mio! (Aterrada.)

ANTONIO. No tengais miedo,
deponed toda zozobra,
que el dueño de ese secreto
lleva la lealtad por norma.

JUANA. Gil de Mesa!... (Adivinando.)

ANTONIO. Está de vuelta,
me ha visto, y dispuestas postas
por todo el camino deja
desde aqui hasta Zaragoza.

JUANA. ¿Y partireis?... (Con ansiedad.)

ANTONIO. Partiré.

JUANA. ¿Cuándo?...

ANTONIO. Dentro de una hora.

JUANA. ¡Ay! si, partid, pues presiento
no sé qué desdicha próxima.

ANTONIO. Mas antes de separarnos,
fuerza es que os hable, señora,
con la conciencia del mártir
que halla en su muerte victoria.

JUANA. Callad, Perez, os lo ruego;
hoy la desdicha os agobia,
y ante el peligro que os cerca
mi resentimiento sobra.
Mucho he sufrido y llorado,

pero mi amor os perdona,
que yo juzgaros no debo
cuando á Dios juzgaros toca.

ANTONIO. ¡Juana!... ¡es que soy inocente!

JUANA. Os culpan las pruebas todas,
que Rubio y Antonio Enriquez
han estado en Barcelona,
y en sus hombros ostentaban
de su crímen el diploma.
¡De alféreces van á Flandes!

ANTONIO. No es mia la ejecutoria
que allá los lleva; otra mano
quizá el crímen galardona!

JUANA. ¿Y dónde hallar esa prueba?

ANTONIO. ¿Quién sabe? con ella sola
pudierais, si no la vida,
salvarme al menos la honra:
¡Dios es justo! En él confio:
su justicia es clara antorcha,
que mas tarde ó mas temprano
deshará todas las sombras.
Pero callad, alguien viene...

JUANA. ¿Quién podrá ser á esta hora
sino el traidor enemigo
que vuestra muerte ambiciona?

ESCENA V.

DICHOS, DIEGO VAZQUEZ.

ANTONIO. ¡Diego!

JUANA. ¿Qué es esto, qué miro?
¿vos en mi casa? (Con ira.)

DIEGO. (Agitado y suplicante.) ¡Señora!

JUANA. Salid, que siento al miraros
no sé si vergüenza ó cólera.

DIEGO. ¡Perez! ¡Señora, escuchadme (Con dolor.)
por la vida de Gregoria!

JUANA. No pronuncieis ese nombre,
que se mancha en vuestra boca.

DIEGO. Injuriadme, pero oidme;
ofendedme, ¿qué me importa?

mas oid por Gil de Mesa,
pues Gil de Mesa me abona.

JUANA. ¿Mesa? (Sorprendida.)

ANTONIO. ¿Qué escucho?

DIEGO. Atendedme.

JUANA. ¡Dios tenga misericordia
de nosotros! (Espantada.)

DIEGO. (Con amargura.) ¡Ay! que os ciegan
las apariencias traidoras!
¡Dudar de mí cuando he sido
quien, con lealtad cautelosa,
ha labrado en vuestra estancia
esa puerta salvadora!

ANTONIO. JUANA. ¡Vos!

DIEGO. Yo. Sabiendo por Mesa
vuestra intencion generosa,
vuestro plan he secundado
envuelto siempre en la sombra.

ANTONIO. Hablad.

DIEGO. Mas el tiempo apura,
y las distancias se acortan,
que hoy del rey como un torrente
los enojos se desbordan.
¡Vuestra muerte ha decretado!

JUANA. ¡Justo Dios! (Espantada.)

ANTONIO. ¡El rey!

DIEGO. Me consta:
y á media noche irá á Pinto
la Princesa con escolta.

ANTONIO. ¿Desterrada?

DIEGO. La condena
á prision eterna y sorda,
sin damas que la acompañen
ni cuiden de su persona.

ANTONIO. ¡Que esto los cielos consientan!

DIEGO. No temais, Dios no abandona
al inocente: Lanuza,
que á todo por vos se arroja,
que es vuestro amigo y mi amigo,
y que mi pasion no ignora,
con esta carta me envia

pruebas que por vos abogan.

ANTONIO. ¿Cómo las ha conseguido?

DIEGO. ¿Qué es lo que el oro no compra?

JUANA. ¡Ay, Perez! Leed al punto,
que esta incertidumbre ahoga.

ANTONIO. (Leyendo.) «Dos cartas, Diego, os envio,
»selladas van, sin demora
»remitid la suya á Perez,
»y á la Princesa la otra.»
La de la Princesa falta.

DIEGO. Ya se la dí en mano propia,
no temais.

ANTONIO. (Con terror.) (¿Qué es lo que miro?
¡El rey firma este diploma!)

JUANA. ¡Perez! ¿qué dice esa prueba?

DIEGO. ¿Qué esa agitacion denota?

ANTONIO. Prueba que salva y que mata,
que en razon contradictoria,
á la par que me defiende
pone sellos á mi boca.

DIEGO. ¿Qué dice?

JUANA. Hablad.

ANTONIO. ¡Imposible!

JUANA. Hablad, Perez, por mi gloria;
ved que llorando os lo ruega
quien siente volverse loca! (Se arrodilla.)

ANTONIO. ¡Alzad!

JUANA. Rogadle, don Diego,
¡por el amor de Gregoria!

DIEGO. Señor...

ANTONIO. Imposible digo,
que nada en hablar se logra
siendo este pliego candado
que mis labios aprisiona.

JUANA. Pues nada valen los ruegos, (Alzándose.)
los ruegos de vuestra esposa,
por Dios que os pondré delante
quien ese candado rompa.

ESCENA VI.

ANTONIO PEREZ, DIEGO.

DIEGO. ¿Conque nuestro esfuerzo es vano?
ANTONIO. Vano, Diego Vazquez, si,
pues se vuelve contra mí
la prueba que está en mi mano.
DIEGO. ¿Y nada se puede hacer?
ANTONIO. Nada: es inútil empresa.
¡Si aun pudiera á la Princesa
un solo momento ver!
(Asaltado de una idea.)
Tal vez su carta podrá
abrirme mas fácil huella.
DIEGO. ¿Tal creeis? pues voy por ella,
que cerca su casa está.
ANTONIO. ¡Oh!... ¿dónde vais? ¿estais ciego?
DIEGO. ¿Qué no hiciera yo por vos?
Dejad, que me inspira Dios,
y á su proteccion me entrego.
Carta ó Princesa, vendrá,
y si ella viene, encubierta
la haré entrar por esa puerta
que salvacion os dará.
Y en todo caso, valor;
huid y partid sin miedo,
que fuera con Mesa quedo
para ayudaros mejor.
ANTONIO. Ved que vuestro padre...
DIEGO. Sé
que debe llegar.
ANTONIO. Lo espero.
DIEGO. No temais, pues considero
que antes que él venga, vendré.
ANTONIO. La fortuna vaya en pos
de vuestro intento.
DIEGO. (Abrazándole.) ¡En Dios fio!
ANTONIO. ¡Id, y amparadle, Dios mio!
DIEGO. ¡Tened confianza en Dios!

ESCENA VII.

ANTONIO PEREZ.

¡Alma generosa y buena!
¡Que Dios proteja su obra!...
—¿Mas qué me dice esta prueba
que todo mi ser trastorna?
¡La cédula de Juan Rubio!...
¡Alferez el rey le nombra!...
Si yo me negué y él firma,
su firma aqui, ¿qué pregona?
Que él fué quien mató á Escobedo,
y á mí con saña traidora
de pantalla de su crímen
ante el mundo me coloca.
¡Sabe que estoy inocente
y me persigue y acosa!
¿qué castiga en mí?... sus celos,
que harta luz en esto arrojan
su desvio á la Princesa
y mi desventura propia.
¿Mandó matar á Escobedo,
quizá para hacer notoria
la traicion que el vulgo necio
propaló con saña torba?
¡Tal vez!... ¿pero quién penetra
de su intencion en las sombras?
¡Oh! ¡mientras mas pienso en esto
aun mas mi razon se embrolla!
¡Vive Dios, que si consigo
verme libre en Zaragoza,
que he hacer con esta prueba
que se conmueva la Europa!

ESCENA VIII.

ANTONIO PEREZ, JUANA, GREGORIA.

JUANA. Ven, hija, póstrate aqui,
ruégale y Dios te bendiga;

tal vez tu labio consiga
lo que yo no conseguí.

GREG. ¡Padre!...

ANTONIO. ¡Hija mia!...

JUANA. (Idem.) Señor...

ANTONIO. ¡Hija!... ¡esposa!... tened calma,
ved que me arrancais el alma
con vuestro amargo dolor.
Ved que aumenta mi flaqueza
de vuestra afliccion el grito,
y que al partir necesito
de toda mi fortaleza.
Venid, reposad las dos
en mi pecho que os aguarda.

LAS DOS. ¡Ah! (Abrazándole.)

ANTONIO. ¡Quién sabe lo que guarda
aun en su justicia Dios!

JUANA. Pero esa prueba...

ANTONIO. Es de suerte,
que siempre ocultarla debo;
mi inocencia en ella llevo,
mas tambien llevo mi muerte.

JUANA. ¡Ay, Perez!... ¡cuánto se ceba
en vos el cielo irritado!

ANTONIO. No mucho; que aun me ha dejado
la esperanza de otra prueba.

JUANA. No espereis mas, yo os lo ruego.
¡Idos!...

GREG. Idos, padre, si.

ANTONIO. No, que aun puede ser aqui
nuncio de dichas don Diego.

GREG. ¡Él!... (Sorprendida.)

ANTONIO. Por la entrada encubierta
debe llegar.

GREG. (Asustada.) ¡Cielo santo!...

JUANA. Pero, señor... (Desesperada.)

ANTONIO. (Á Gregoria.) Tú entre tanto
está en la antesala alerta.

JUANA. ¡Oh!... ¡confianza fatal!...

GREG. ¡Ay, padre!...

ANTONIO. Haced lo que os digo,
y si llega don Rodrigo,

torna, Gregoria, en señal.
GREG. Descuidad, padre. (Saliendo.)

ESCENA IX.

DOÑA JUANA, ANTONIO PEREZ.

JUANA. ¡Ay, señor!
¿Por qué aplazar la partida?
¿No mirais que os va la vida?
ANTONIO. ¿Qué es la vida sin honor?
Ya que en esta lucha ruda
lo miro todo deshecho,
no quiero que en vuestro pecho
quede escondida la duda.
Que es justo sepais aqui,
ya que nos separa Dios,
que he sido digno de vos
como vos lo sois de mí.
JUANA. ¡Ay, Perez!... ¡harto me pesa
mi enojo desesperado!
ANTONIO. Callad, ¿no ois? (Escuchando.)
JUANA. (Mirando por donde debe llegar Diego.)
¡Dios sagrado!...
ANTONIO. ¡Él es!... (Satisfecho.)
JUANA. ¡Jesus!... ¡La Princesa!...

ESCENA X.

DICHOS, la PRINCESA.

JUANA. ¡Señora!... ¿Aqui vos?
PRINC. Yo aqui.
JUANA. (¡Corazon, ahoga el latido
de tu odio!) ¿Á qué habeis venido?
ANTONIO. ¿Sabeis que hay peligro?
PRINC. (Gravemente.) Si.
Sé que cae sobre los dos
la soberana venganza;
sé que no hay mas esperanza
que la fuga para vos.
Sé que en el régio recinto

se decide nuestra suerte,
que os espera á vos la muerte
y á mí la torre de Pinto;
que irremediable es la pena
que nos persigue y abisma,
porque la desgracia misma
parece que nos condena.
¿Qué mas se puede saber?

JUANA. ¿Y sabiendo lo que pasa (*Con amargura.*)
habeis venido á esta casa?

PRINC. Vengo á cumplir un deber.
Ya que implacables los cielos
nos niegan favor y ayuda,
vengo á arrancaros la aguda
sospecha de vuestros celos.
Pues rigor terrible fuera
cuando el destino os separa,
que entre vosotros alzara
el recelo una barrera.

JUANA. ¡Ay de mí!

PRINC. En esta ocasion (*Gravemente.*)
solemne y agobiadora,
como si hiciese, señora,
mi postrera confesion;
como si fuese á dar cuenta
de mi vida á Dios potente,
os digo que es inocente,
y que os ama y no os afrenta.

ANTONIO. ¡Ah, señora!... (*Con gratitud.*)

JUANA. (*Alterada.*) ¡Me haceis daño!

PRINC. Ya que la suerte os apura,
llorad vuestra desventura,
mas no lloreis vuestro engaño.

JUANA. ¡Es tan hondo mi dolor!... (*Vacilante.*)

PRINC. Una prueba daros puedo.
Dicen que murió Escobedo
por causa de nuestro amor.
Que Perez movió la mano
del asesino...

JUANA. Es verdad. (*Con pena.*)

PRINC. Pues bien, señora, escuchad
la explicacion de este arcano.

Con esta prueba me obligo
á calmar vuestra zozobra.

JUANA. Lëed! (Con inquietud.)

PRINC. (Mostrando una carta.) ¡Esa muerte es obr.
del infame don Rodrigo.
¡Suyo es este escrito! Oid,
que es precioso el documento.
¡Ah! Por qué en este momento
no está escuchando Madrid!
(Leyendo.) «Juan Rubio: se niega Perez,
»y es peligroso el enredo;
»mas despachad á Escobedo,
»y juro haceros alferez.
»No tengais miedo á la ley,
»que á todas partes alcanza,
»que esta muerte no es venganza,
»sino justicia del rey.
»Llevad á cabo la empresa
»y que en el misterio quede,
»porque es asunto que puede
»hacer daño á la Princesa.
»Si con prudencia se acaba,
»conseguireis vuestro puesto;
»mas cuidad, no ocurra en esto
»lo que ocurrió con la esclava.
»Alientos teneis sobrados;
»ved lo que en ello se gana.
»Venid á verme mañana
»y os daré tres mil ducados.»
(Da la carta á doña Juana)

ANTONIO. ¡En su poder infinito,
Dios, en las sombras envuelto,
siempre deja un hilo suelto
para seguir al delito!

JUANA. ¡Perez!... ¡Princesa!... ¡qué horror!...
(Arrodillándose.)

PRINC. ¡Oh!... ¿qué haceis?

JUANA. Perdon os pido.
¿Cómo el cielo ha consentido
que dude de vuestro honor?

PRINC. ¡Oh! ¡no!... venid á mis brazos.
¿Quién habla de honor ahora?

Desde este instante, señora,
nos ligan sagrados lazos.

JUANA. Y esta prueba... Puede ser (Animada.)
que si hasta el trono se eleva,
el rey...

ANTONIO. ¡Callad! ¿Dónde hay prueba
para quien no quiere ver?
Nada logrará este escrito
aunque mi inocencia diga,
porque el rey en mí castiga
mas sus celos que el delito.
Siempre pensando en su afrenta
desoye todo consejo:
él es viejo, y como viejo
de sospechas se alimenta.

JUANA. ¿Es decír que vanas son
las pruebas? (Desanimada.)

ANTONIO. ¡No hay esperanza!
Esa prueba es la venganza;
pero no la salvacion!

JUANA. ¡La venganza! ¡No en verdad!
Mal decis. ¡Es el castigo!
Que es justo que don Rodrigo
pague tanta iniquidad.
Venid, corramos las dos... (Á la Princesa.)

ANTONIO. (Deteniéndola.) ¡Ay, Juana! ¿Habeis olvidado...

PRINC. ¡Perdonar á ese malvado
seria ofender á Dios!

JUANA. Vamos, vamos, y que llore
su crimen...

ESCENA XI.

DICHOS, DIEGO, que ha escuchado desde el umbral de la puerta izquierda la última parte de la escena.

DIEGO. (Con amargura.) ¡Antes matadme!

JUANA. ¡Oh!...

DIEGO. ¡Triste sino es el mio!
El cielo quiere que labre
la deshonra ó la desdicha
por donde quiera que pase.

ANTONIO. ¡Diego!... (Conmovido.)

DIEGO. ¡Ay de mí! Hora tras hora,
con un afan incansable,
con la fiebre del deseo
tan tenaz como incesante,
he estado, desde que el rey
os dió la casa por cárcel,
pruebas de vuestra inocencia
buscando por todas partes.
Y cuando el cielo permite
que las descubra y las halle,
quiere mi aciaga fortuna,
por premio de mis afanes,
darme con ellas la muerte,
pues... ¿quién duda que es matarme
si debo ser á la fuerza
ó parricida ó infame?

ANTONIO. Calmaos, Diego.

DIEGO. ¡Imposible!
¡Imposible es que me calme!
que en la dura alternativa
con que Dios quiere probarme,
con vuestro cariño luchan
mis sentimientos filiales.

JUANA. ¿Qué quereis decir? ¿Acaso (Con ardor.)
pretendeis que sufra y calle,
que la maldad no castigue
ni la traicion anonade?
¿Y que teniendo en mis manos
estas pruebas formidables,
tenga piedad del verdugo,
y no la tenga del mártir?

DIEGO. ¿Quién me dijera, señora,
(Á la Princesa, con dolor.)
que cuando á esta casa os traje
fuese para mi desdicha?

PRINC. ¡Justo es que sus culpas pague! (Alterada.)

DIEGO. ¡Ay, es mi padre! (Con dolor.)

PRINC. ¡Si el cielo
no puede ser que le ampare!

DIEGO. ¡Es mi padre!

JUANA. (Con emocion.) ¡Os ha engañado
sin piedad!

DIEGO. ¡Pero es mi padre!
JUANA. (¡Su dolor me llega al alma!)
DIEGO. ¡Yo no puedo condenarle! (Llorando.)
ANTONIO. Diego... tomad esas pruebas.
(Dándole la carta de la Princesa.)
PRINC. ¡Oh! ¿Qué haceis?
ANTONIO. (Conmovido.) Vuestros leales
servicios me han despojado
del derecho de vengarme.
DIEGO. ¡Oh gracias! (Con profunda gratitud.)
ANTONIO. Os las confio,
que hiciera á mi nombre ultraje,
si en contra de quien me muestra
tanto amor las emplease.
DIEGO. En déposito las guardo, (Con energia.)
señor, y juro delante
del cielo que nos escucha,
derramar por vos mi sangre.
Honor y vida os ofrezco:
soy vuestro esclavo, mandadme.
¡Yo redimiré la culpa
de quien tanto mal os hace!
JUANA. ¿Y mis hijos?
ANTONIO. He cumplido
con mi deber, y esto baste.
Madre sois. Nunca los cielos
tan duramente os maltraten,
que en el riesgo vuestros hijos
os abandonen cobardes.
(¿Qué conseguis con vengaros,
sino es posible que cambie
mi destino?..)
JUANA. (Enternecida.) ¡Nada os digo!
PRINC. ¡Alma generosa y grande!
DIEGO. ¡He rescatado su vida! (Resuelto.)
¡Yo pagaré este rescate!
PRINC. ¡Os admiro!... Mas no hay tiempo (Á Perez.)
que perder. Ya nada valen
los ruegos. ¡Partid al punto!
DIEGO. Viendo, señor, que tardábais
á buscaros he venido.
ANTONIO. ¡Qué suerte tan miserable (Á la Princesa.)

nos toca!

PRINC. ¡Á vos el destierro!

ANTONIO. ¡Y á vos la prision!

JUANA. ¡Oh! Dadme
los brazos! ¡Os he ofendido
tanto! (Permanecen un momento abrazadas.)

PRINC. (Desprendiéndose.) Dejad que me marche.
¡Si aqui me viesen, seria
exponerme á nuevos males.
¡Adios, y que el cielo os guie!

ANTONIO. ¡Adios, y que el cielo os salve!

ESCENA XII.

DICHOS, menos la PRINCESA.

DIEGO. Vamos, señor, que es preciso.

ANTONIO. ¡Me falta el valor! (Vacilando.)

DIEGO. ¡Es fácil
que venga mi padre!

ANTONIO. ¡Vamos! (Con pena.)

JUANA. ¡Madre de Dios, amparadle!
(Con exaltacion.)

ESCENA XIII.

DICHOS, GREGORIA por el fondo.

GREG. ¡Padre!... ¡Dios mio!...
(Reparando en D. Diego.)
¡Él aqui!...

ANTONIO. ¿Qué quieres? Habla.

GREG. (Mirando fijamente á Diego.) No puedo.

JUANA. ¿Estás temerosa?

GREG. Sí.
La traicion me infunde miedo
y está muy cerca de mí.

DIEGO. ¡Y aun duda! (Con pena y reprimiéndose.)
¡Teneis razon!
Es justo que sufra y calle,
con triste resignacion,
hasta que en mi pecho estalle

comprimido el corazon.
Dios del cielo! Yo bendigo
estas penas, si redimen
á mi padre don Rodrigo;
y aunque soy ajeno al crímen,
caiga sobre mí el castigo.

JUANA. ¡Hija!... (Queriendo tranquilizarla.)

DIEGO. Nada me intimida.
¡Nada! Si por el desierto
solitario de mi vida,
arrastro el cadáver yerto
de mi esperanza perdida!
¡Si ya no pueden volver
mi fé, mi dicha, mi calma...
¡heridme! Bien puede ser
que el pesar avive un alma
muerta ya para el placer.

ANTONIO. ¡Basta! Sin razon condenas
su generosa hidalguia;
ni es justo aumentar las penas
de quien por mí verteria
la sangre que hay en sus venas.

DIEGO. ¡Ah señor! .. (Con gratitud.)

ANTONIO. Su honor le escuda.

JUANA. Con firme resolucion
nuestros proyectos ayuda.

GREG. ¡Gracias!... ¡Llevaba esta duda
clavada en mi corazon!
Vos lo decis... ¿qué mas prueba
puede haber? Al escucharos
mi fé renace y se eleva.
¡Ay! Aunque amaros no deba, (Á Diego.)
¡me era tan penoso odiaros!

DIEGO. ¡Á un tiempo gozo y dolor
me dais!...

GREG. (Con afan.) Quizá es el temor
del mal que nos amenaza;
mas creo oir en la plaza
nuevo y creciente rumor,
y vengo á daros aviso.

ANTONIO. Nada temas...

JUANA. ¡Oh, marchad!

¡No os detengais!...

DIEGO. (Antonio Perez vacila.) ¡Si es preciso!

ANTONIO. Yo acato, Señor, sumiso
vuestra santa voluntad.
De aquel poder soberano
que me enalteció, ¿qué queda?
Habeis abierto la mano
y cual torrente que rueda
desde la montaña al llano,
despeñado de la altura
tan bajo estoy, que yo mismo,
lleno de horror y pavura,
no acierto á medir la oscura
profundidad del abismo.
¡Ayer grande, ayer potente!
¡Y hoy buscando tristemente,
con mi pensamiento en guerra,
un pobre rincon de tierra
donde reclinar mi frente!...
¡Ay de mí! Poco ha sufrido,
poco ha sufrido á mi ver,
el que sostiene atrevido,
que *nunca quita el caer*
la gloria de haber subido.
Pues si como yo perdiera
hijos, esposa y hogar,
y solo, en tierra extranjera,
errante y sin rumbo fuera
como las olas del mar;
si rotos todos los lazos
y hecho el corazon pedazos,
le hiriese el duro recuerdo
de las caricias y abrazos
que yo para siempre pierdo;
mas prudente y advertido
dijera que en esta vida
siempre superior ha sido,
al honor de haber subido
el pesar de la caida.

DIEGO. ¡Señor!...
Dejad que mi llanto
riegue mi rostro y me venza,

que hoy mi destierro comienza
y no tengo, en duelo tanto,
de mis lágrimas vergüenza.
¿Qué he de hacer? ¿Si dejo aqui
la mejor parte de mí?
¿Si solo en mi compañia
irá la aciaga y sombria
memoria de lo que fuí?

JUANA. Valor, Antonio, valor!
Mi desventura deploro;
pero tranquila... (Reprimiendo sus lágrimas.)

ANTONIO. (Abrazándola.) ¡Ay mi amor!

JUANA. Ya veis, mi bien, que no lloro
aunque me mata el dolor.
¿Á qué sentir la perdida
grandeza? Ya no hay quien pueda
detener vuestra caida.
¡Ay de mí! Ya es vuestra vida
el solo bien que nos queda.

ANTONIO. ¿Y esta es vida? ¿puede haber (Desesperado.)
mas desventurada suerte
ni mas hondo padecer?

GREG. ¡Padre!... padre!... (Abrazándole y llorando.)

ANTONIO. ¿Qué mas muerte
que no volveros á ver?

DIEGO. Ved que urge el tiempo...
(Agitado y conmovido.)

ANTONIO. Ya os sigo.
¡Vamos!! No vengais conmigo,
que el valor me faltará.
¡Yo os abrazo, yo os bendigo,
por última vez quizá!
Desamparado del mundo
¿qué soy? una sombra... ¡nada!
En mi abandono profundo
mi bendicion es sagrada,
como la de un moribundo

GREG. (Deshecha en lágrimas.)
¡Ay! ¿Cómo verle marchar
con resignacion y calma!

DIEGO. ¡Señor, que pueden llegar!...

ANTONIO. ¡Si no me puedo apartar

de estos pedazos del alma!

JUANA. ¡Perez, sed digno de vos!
Partid, que el riesgo os acosa.

ANTONIO. Mi vida os dejo á las dos.
¡Adios, hija!... Adios, esposa!...

GREG. (De rodillas; desprendiéndose de sus brazos.)
Padre!...

ANTONIO. ¡Para siempre adios!
(Sale apoyado en Diego, sollozando.)

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, GREGORIA.

GREG. ¡Partió! Dios tenga piedad
de nosotros!

JUANA. ¡Llora, hija!

GREG. ¡Que Dios sus pasos dirija
y anime su soledad!

JUANA. (Dando libre curso á sus lágrimas.)
Hoy con mayor intension
se renuevan mis heridas.
¡Ay, lágrimas comprimidas,
salid de mi corazon!
Ya sin aumentar su pena
puedo mostrar mi quebranto.
Ya puedo dar rienda al llanto
que me abrasa y envenena.
Ya no necesito ahogar
mi dolor hondo y sombrio.
¡Ya puedo llorar, Dios mio!

GREG. ¡Madre!... (Asustada.)

JUANA. (Cayendo de rodillas.) ¡Ya puedo llorar!
(Quedan un momento sumergidas en su desesperacion.)

ESCENA XV.

DICHAS, D. RODRIGO VAZQUEZ, por el fondo: se adelanta hácia el sitio en que estan Doña Juana y Gregoria lentamente y sin ser visto.

RODRIGO. Al cielo alzais vuestras preces

y haceis muy bien, porque creo
que las necesita el reo.

JUANA. (Levantándose con inquietud.)
¡No tanto como sus jueces!
Por ellos á Dios invoca
mi fé, que piadosa soy
y humana...

RODRIGO. (Hipócritamente.) Gracias os doy
por la parte que me toca.
Mi deber es la obediencia,
y estoy tranquilo.

JUANA. (Alterada.) ¿Esto mas?
¿Quereis engañar quizás
á vuestra misma conciencia?

RODRIGO. Permitidme que os recuerde
mi acrisolada honradez.

JUANA. No sereis el primer juez (Con desprecio.)
que la corrompe ó la pierde.

RODRIGO. Os hallo poco propicia;
pero el dolor os excusa.
¿Qué desdichado no acusa
de parcial á la justicia?
¡Solo Dios sabe los ratos
que Perez me hace pasar!

JUANA. ¿Qué es esto? ¿Os vais á lavar
las manos como Pilatos?

RODRIGO. Hoy mismo el cielo me pone
en un grave compromiso...

JUANA. ¿Qué decis? (Inquieta.)

RODRIGO. Me han dado aviso
de que alguno se propone
la fuga favorecer
de Perez ..

GREG. (¡Madre, estoy muerta!)

JUANA. (¡Calla!) (Reprimiéndose.)

RODRIGO. Y es bien que os advierta
lo difícil que ha de ser.

JUANA. ¡Dios mio!

RODRIGO. Si me dejara
llevar de mi inclinacion,
¿quién lo duda? Su evasion
yo mismo facilitara.

¡Pero el deber es tan duro!

GREG. (¡Siempre hipócrita y aleve!)

RODRIGO. Él me obliga á que le lleve
donde viva mas seguro.

GREG. ¿Qué vais á hacer? (*Asustada.*)

RODRIGO. No os asombre
si á mi pesar...

JUANA. (*Con alegria.*) (¡Nada sabe!
¡Calma!)—¡No sé cómo cabe
tanta maldad en un hombre!
Es necesario ganar
tiempo.)

RODRIGO. ¡Por Dios, que estais fiera!

JUANA. ¡Sois cruel! El cielo quiera
que no tengais que llorar.
¿Por qué mostrais tanto encono?
¿Qué agravios os ha inferido?

RODRIGO. ¿Agravios? ¡Grandes han sido!
Pero yo se los perdono.
(*Con odio reconcentrado.*)
¡Cuántos años mi dolor
he devorado en secreto,
encadenado y sujeto
á su genio emprendedor!
¿Pensais que para un anciano
no es una ofensa inaudita
ver que un mancebo le quita
la gracia del soberano?
¿Ver que en prolongada lucha
siempre el rey en el consejo,
desoye la voz del viejo
y la del jóven escucha?

JUANA. ¡Oh! ¡callad! Vuestra perfidia
comprendo. ¡Teneis razon!
¡Señor, qué terribles son
los estragos de la envidia!

RODRIGO. ¡Agravió mi ancianidad!

JUANA. ¡Oh!... todo se empequeñece
en vos... ¡Hasta me parece
ruin vuestra misma maldad!
Duro os juzgaba y cruel.
Mas ¡qué poco os conocia

cuando en vos hallar creia
la grandeza de Luzbel!
Mi error declaro y condeno.

RODRIGO. (Con rencorosa ira.)
¡Mal quereis á vuestro esposo!

JUANA. ¡Sois el reptil venenoso
que se revuelca entre el cieno!

RODRIGO. ¡Señora!... (Reprimiéndose.) Bien sabe Dios
que perdono vuestro exceso.
Yo vengo en busca del preso,
y no á discutir con vos.
¿Dónde está?
(Dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda.)

JUANA. (Deteniéndole.) (¡Cielos! ¿Qué haré?)

GREG. (¡Ay!) (Temerosa.)

JUANA. Esperad un instante.
Vais á jurarme delante
de Dios, que os oye y os ve,
si está en peligro su vida.

RODRIGO. ¿Quién lo porvenir penetra?
Puede ser, si alguien impetra
con voz triste y dolorida,
amparo y gracia del rey,
que al fin su enojo se ablande.

JUANA. ¿Y vos?

RODRIGO. Yo haré lo que mande
extrictamente la ley.

JUANA. ¡No conoceis la piedad!
En vano á vos me dirijo.
¡Si habeis sido con vuestro hijo
pérfido y fiero!

GREG. (Agitada.) ¡Oh! .. ¡callad!...

RODRIGO. ¡Con mi hijo! Sin compasion
(En su arranque de expansion involuntaria.)
el odio vuestro me inmola.
¡Si su cariño es la sola
fibra de mi corazon!
¡Dios sabe si he trabajado
para elevarle á la altura!

GREG. Con vuestra ambicion impura
le habeis hecho desgraciado!
¡Que mi amor era quizás

la vida, el alma de Diego!

RODRIGO. ¡El amor!... Eso es un juego
de muchachos, nada mas.

GREG. ¿No veis? (Á su madre con profunda afliccion.)

RODRIGO. Si ha muerto su loca
ilusion ¿qué se ha de hacer?
¿No vale mas el poder
supremo que alcanza y toca?
Si el rey le llama al gobierno
del Estado, ¿qué mas quiere?
El amor se extingue y muere...

GREG. ¡Ay, para mí será eterno!
(Cae llorando en brazos de su madre.)

RODRIGO. El tiempo las penas calma.
Ya pensareis de otra suerte.

GREG. ¡La muerte, solo la muerte
cura los males del alma!

JUANA. ¡Hija!... ¡Me inspirais horror! (Á D. Rodrigo.)

RODRIGO. Perdonadme si os molesto.
(Se adelanta hácia la puerta de la izquierda y doña Juana le cierra el paso, llena de angustia.)
Ya sabrá Perez... ¿Qué es esto? (Sorprendido.)

JUANA. ¡Atrás!... (¡Deme Dios valor!)

RODRIGO. ¿Me negais el paso?

JUANA. Si.

RODRIGO. ¡Soy el juez!

JUANA. ¡Sois mi enemigo!

RODRIGO. ¡Lo manda el rey!

JUANA. (Resuelta.) ¡Pues yo digo
que no pasareis de aqui!

RODRIGO. Podrá pesaros...

JUANA. ¡Atrás!
Desprecio vuestra amenaza.
Las mujeres de mi raza
no retroceden jamás.

GREG. ¡Ay, madre!... ¡Tened clemencia!
No paseis. ¡Os lo suplico! (Á D. Rodrigo.)

RODRIGO. ¡Vive Dios que no me explico
tan extraña resistencia!

JUANA. (Con profunda inquietud.)
(¡Si yo supiese!...)

GREG. ¡Piedad.

Señor!...

JUANA. ¡Si su alma es de roca!
No le ruegues...

RODRIGO. (Apartándola.) ¡Estais loca!
Abridme paso.

ESCENA XVI.

DICHOS, DIEGO, en el umbral de la puerta del fondo. Doña Juana le interroga con la vista, llena de zozobra. Señal afirmativa de D. Diego.

JUANA. (Repuesta y tranquila.) ¡Pasad!

RODRIGO. Marchando voy, ¡vive el cielo!
hoy de sorpresa en sorpresa.

JUANA. (Con alegria.) Pero no busqueis la presa,
porque ya ha tendido el vuelo!

RODRIGO. ¿Qué decis? (Alterado.)

JUANA. ¡Ya no le alcanza
vuestra saña aterradora!

RODRIGO. (Fuera de sí.)
¡Que se ha escapado!... ¡Señora!
¿Y no temeis mi venganza?

GREG. ¡Ay, madre!

RODRIGO. ¡Será cruel!
¡implacable, horrible, fiera!...

JUANA. ¿Y qué importa que yo muera
si al cabo se salva él?

RODRIGO. ¡Salvarse! Inútil afan;
moderad vuestra alegria.
¡Aun es tiempo! Todavia
mis gentes le alcanzarán.
¡Hola!
(Al volverse para llamar ve á su hijo.)

DIEGO. (Adelantándose y con tono severo.)
Cumplid con la ley.
Llamadlos. ¡Eso deseo!
Asi sabrán que soy reo,
reo de traicion al rey.

RODRIGO. ¡Qué dices, desventurado!

DIEGO. Haced que acudan veloces,
para d eclarar á voces

que su fuga he preparado.
Haced que esa turba impia
corra tras él con presteza,
asi caerá su cabeza
juntamente con la mia.

JUANA. ¡Noble corazon!

DIEGO. (Con energia.) ¡Llamad!

RODRIGO. ¡Estoy soñando ó despierto!

DIEGO. ¡No os detengais!... ¡Si habeis muerto
mi amor, mi felicidad!

RODRIGO. ¡Ingrato! Tratarme asi
cuando el monarca te llama.

DIEGO. ¡Esa fortuna me infama
y la rechazo! (Con resolucion.)

RODRIGO. (Espantado.) ¡Ay de mí!
Yo quiero satisfacerte
y haré cuanto tú me mandes.

DIEGO. Hoy mismo partiré á Flandes.

RODRIGO. (Cada vez mas confundido.)
¿Qué anhelas, hijo?

DIEGO. (Con triste resolucion.) ¡La muerte!
Yo perderé en la palestra
mi existencia aborrecida.
¡Y quiera Dios que mi vida
logre redimir la vuestra!
(D. Rodrigo cae abrumado, junto al bufete, cubriéndose el rostro con las manos.)
¡Adios, mi perdida gloria!
(Á Gregoria, que solloza en brazos de su madre.)
De tí el crímen me arrebata.

GREG. ¡Madre, este golpe me mata!

DIEGO. ¡Nunca olvideis mi memoria!
(Con la mayor afliccion.)

JUANA. ¡Premie Dios tanta virtud!...
¡Hijo!... Adios. (Conmovida.)
(Diego besa la mano á doña Juana y se aleja mirando á su padre con reconcentrada ternura.)

RODRIGO. ¡Diego!... ¡Se va!
(Se levanta, llamándole con voz ahogada.)
¡Ay de mí! ¿Quién sostendrá
mi cansada senectud? (Desfallecido.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos DIEGO.

JUANA. ¡Ved! ¡Esto es obra de vos!
(Con amargura, señalando á su hija, deshecha en lágrimas.)
¡Hija sin padre!...

RODRIGO. (Turbado, cayendo de rodillas.) Os exijo compasion...

JUANA. (Mirándole con lástima.) ¡Padre sin hijo!
¡Santa justicia de Dios!

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice Madrid 22 de Mayo de 1865.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
45	4	aperece	aparece.
45	8	su sentimiento que llena	un sentimiento que llena.
70	40	viendo, señor, que tardabais	viendo, señor, que era tarde.